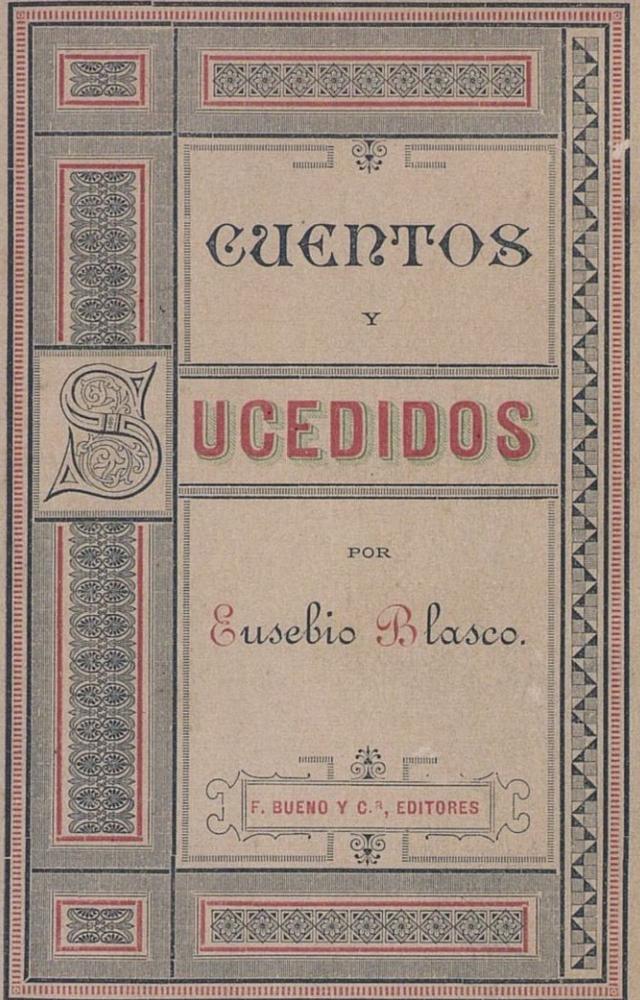


x-rite

colorchecker CLASSIC



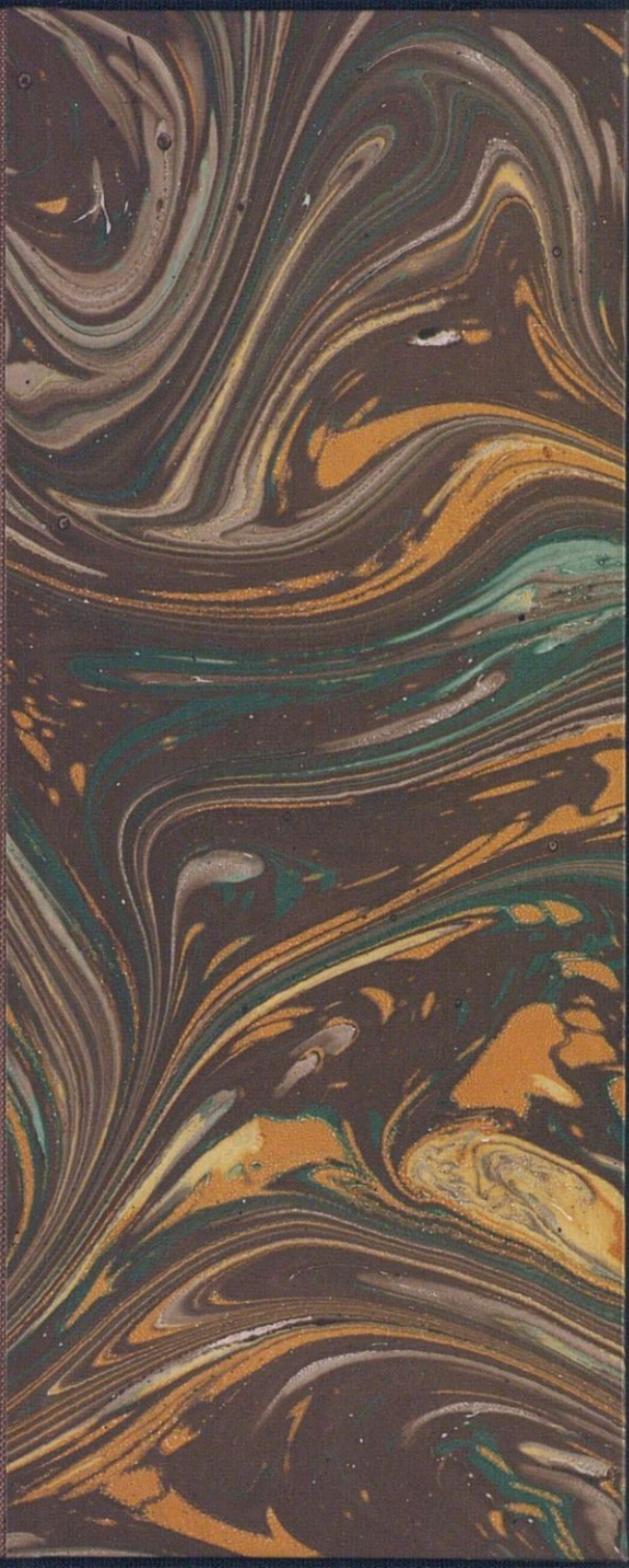
M.C.D. 2022



Madrid.—Imp. de E. Rubinos.

A
21

M.C.D. 2022



EL PASO
COMPANYS
&
SUCESOROS

IBFA

1.821

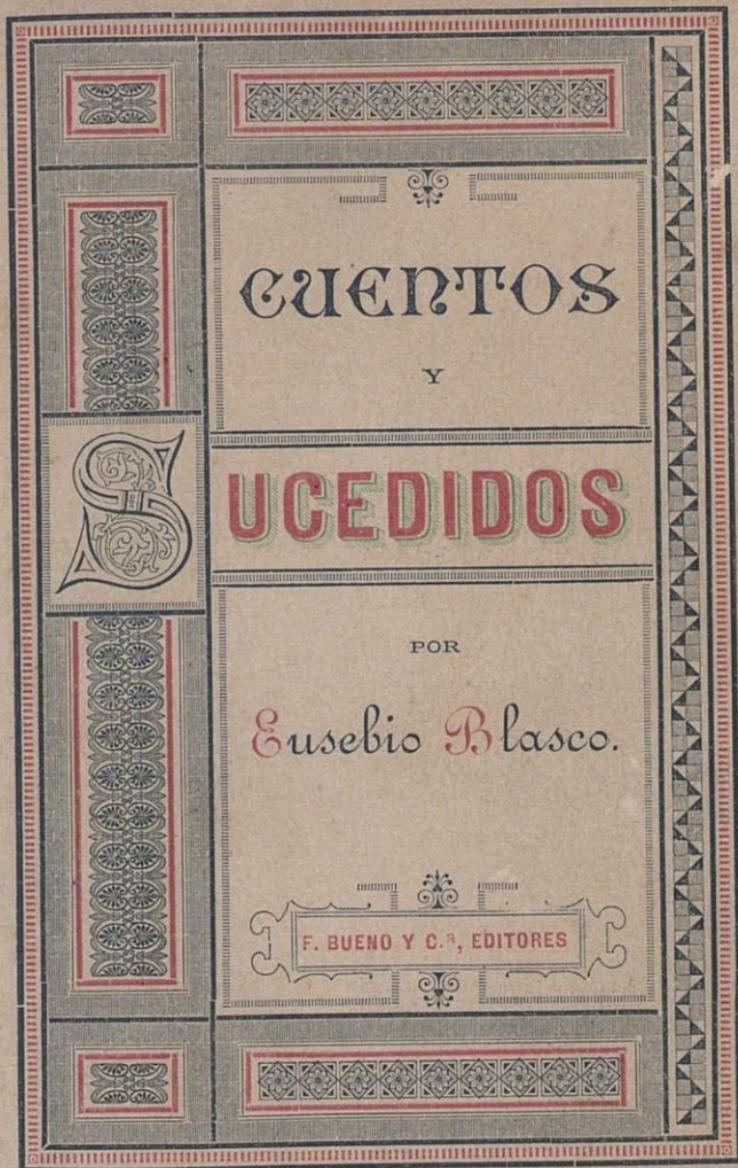
M.C.D. 2022

T. 906832 IBFA. 1821

C

CB. 3930075

R. 152662



Madrid.—Imp. de E. Rubiños.

CUENTOS Y SUCEDIDOS



RECEIVED

CUENTOS
Y
SUCEDIDOS

ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA

POR

EUSEBIO BLASCO



MADRID
F. BUENO Y C.^a, EDITORES

Es propiedad.

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis, Madrid.



BLASCO



¡DÍME mi buen amigo Paco Bueno, editor del presente libro, un retrato de Eusebio Blasco; y yo le digo que eso no puede ser.

Para retratar, se necesita aquella soberana impassibilidad, aquella serena imparcialidad, aquel total desinterés, que tanto recomienda la moderna escuela naturalista, y que solamente sue-

len encontrar—gracias á la perfecta impasibilidad de sus chirimbolos—aque-
llos hombres á quienes León XIII ha
llamado, en muy buenos versos latinos,
usurpadores de los rayos del sol, y á
quienes los demás del vulgo llamamos
Alviach, Debas, Laurent, Hebert ó
Barcia.

Todo ese desinterés, imparcialidad
é impasibilidad, son dotes que rara vez
poseemos los artistas—permítanme los
toreros y los peluqueros que me adju-
dique este título—ante el amigo ó el
adversario que nos sirve de modelo.

Si es amigo y se le retrata con la
suave y bondadosa complacencia de un
Federico Madrazo, ni el original lo
agradece, ni los «mirones» tienen para

qué darse por satisfechos. Si el pincel obedece á la mano franca y severa de un Emilio Sala, el modelo frunce el ceño, y cualquiera que sea su nombre, las gentes le llaman Benito y le hablan de su amigo el pintor...

Por lo que toca al adversario, ¿quién ha de pensar en retratarle, como no sea imitando la manera de Goya en sus aguas fuertes?

Si se le trata rindiendo culto á la verdad, achácase esta virtud á ruín desahogo; y en cuanto á hacerle favor, ocioso es pensar en despojarnos de nuestra condición terrestre; porque ni el mismísimo Murillo hubiera sido capaz de pintar á su suegra con cara de ángel, ni el beato Fra. Angelico tan san-

to, que pusiera nimbo de oro al guardián de su convento.

Por todo lo cual, y porque la mejor semblanza de Blasco que conozco, la ha hecho él mismo en un romance digno de Quevedo, titulado *Vera effigies*, renuncio á empresa semejante, y me contento con arrojar sobre el papel aquello que los pintores llaman una ligerísima *mancha de color*, y que, en efecto, suele exigir no pocas veces la intervención del quitamanchas de la esquina.

Entre los hombres que dan más lustre en nuestros días á la literatura patria, puede decirse que Zorrilla representa el españolismo; Tamayo, el buen gusto; Echegaray, la fuerza; Galdós, el

talento; Valera, la elegancia clásica; Campoamor, la incredulidad amable y sonriente; Alarcón, el espíritu meridional; Pereda, la sinceridad artística; Núñez de Arce, el dominio de la forma; Menéndez Pelayo, la voracidad intelectual; Fernández Florez, el espíritu moderno; Castro y Serrano, la observación; Fernández Bremón, la agudeza; Alas, la sátira; Zapata, el vigor poético; Sellés, la audacia; Fernández y González, la invención; Cano y Masas, el desenfado; Blasco, la facilidad.

¡La facilidad, sí!

Preguntaban á Auber en cierta ocasión:

—Maestro, ¿quién le parece á V. mejor, Meyerbeer ó Rossini?

Y el maestro respondió:

—Rossini, es la fuente; Meyerbeer, la mina.

Ingeniosa clasificación que podría aplicarse igualmente á los artistas y literatos todos; porque mientras hay unos—como decía el autor de *La Mutta* del autor de *Los Hugonotes*—que poseyendo dentro de sí tesoros riquísimos, han menester de constante y tenaz labor para sacar á la luz del día, pulidos y abillantados, los productos del oculto venero, hay otros hombres—como el músico inmortal de *El Barbero de Sevilla*—que al jugar de los dedos sobre las teclas del piano, al vagar del lápiz en caprichosos trazos, ó al correr de la pluma, hacen surgir

el concepto melódico, la escena de la realidad ó las visiones del espíritu, sólo con dejar fluir la natural corriente de su ingenio, sin que baste la pereza á esterilizar el manantial, ni la voluntad y el trabajo excesivo á mejorar lo que de suyo es bueno, ni á hacer más copioso lo que de suyo es abundante.

A esta casta de artistas, á los del lado de la fuente, pertenece Eusebio Blasco.

Abandonando la pluma al humor del momento, á aquellas ganas de reir ó de llorar, que hacían decir á Espronceda:

«Allá van versos donde va mi gusto,»

ha escrito Blasco comedias y proverbios; zarzuelas bufas y poesías llenas

de sentimiento; romances que un día parecen de Góngora y otro de Serra; notas del alma que no parecen ciertamente hermanas de los cáusticos donaires del *Gil Blas* y *El Garbanzo*; novelitas cortas en que la observación de lo real conmueve é impresiona; cuentos y narraciones en que la fantasía se va por los cerros de Ubeda, y el lector la sigue cautivado y seducido; artículos políticos para todos los gustos, según soplan los vientos en esta desmantelada meseta de Castilla; himnos un día á las rancias reliquias del pasado, y cánticos después en honor de las fecundas promesas del porvenir; cuándo, el estudio castizo y puro de las cosas de la tierra; cuándo, la movida é incorrec-

ta crónica de la vida parisiense... Y todo ello, grato, fresco, ligero, sencillo, espontáneo y animado, lleno de luz y de calor; oliendo á tomillo y romero, si el asunto es campestre; impregnado de la fragancia del *new moon hay*, si el asunto es cortesano; tratando lo más frívolo y trivial con la mayor gravedad y delicadeza; hablando de lo más serio y respetable con una informalidad pasmosa.

¡Oh, la informalidad de Blasco! Ha dado origen á muchas historias y á no pocas leyendas; pero yo creo que tiene la hipocresía de la informalidad.

El estilo es el hombre; y como él escribe sin disfrazar, ni afeitar, ni embadurnar el estilo con mentidos colore-

tes, como deja correr la pluma sin ningún género de meditación, guiada sólo por el natural impulso del espíritu, puede decirse que el que lee á Blasco, ve sus moradas interiores— que diría la santa española—á través del cristal que debiéramos llevar todos en el pecho,

«comò cierto dios quería.»

Blasco es tan fácil en la producción, que casi todos los originales de sus comedias, versos y artículos, podrían llevar al pie la frase aquella de las cédulas y los pasaportes:

Va sin enmienda.

La tachadura, la corrección y el retoque son para Blasco pecados de lesa

personalidad artística. Cada cual es como es, y *porque sí*. No á todos convence esta razón; pero, al fin y al cabo, no deja de ser una razón en el país de la española infantería.

Un día mandó Blasco un recado á casa de su zapatero, á ver si se daba prisa en terminarle un par de botas...

Réplica del maestro de obra prima al criado del escritor:

—¡Dígale usted á D. Eusebio que si se figura que hacer un par de botas es lo mismo que hacer una comedia!

Sin querer, el honrado industrial había trazado uno de los rasgos más salientes de la fisonomía literaria de su parroquiano. Blasco ha compuesto buena parte de sus obras cómicas en me-

nos tiempo del que se emplea en hacer unas botas... ¡de las que corren prisa!

A la facilidad, condición característica de Blasco, hay que juntar un espíritu de asimilación de los más sorprendentes.

Sin dejar de ser perpetuo hijo de la parroquia de San Gil de Zaragoza, ha sido el madrileño más madrileñizante que se ha conocido. En Andalucía es andaluz; en París, *boulevardier* de pura raza; donde quiera que va, se pone en seguida al cabo de la calle; intima al momento con el gran señor y fraterniza de repente con el mozo de cordel... Sus facultades de asimilación han contribuido en gran modo á la renovación de nuestros gustos. Es de los

que más han modernizado nuestros periódicos y nuestros teatros, sin despojarles—en este punto es intransigente—del carácter nacional.

Cuando las operetas bufas de Offenbach daban la vuelta al mundo, dijo que lo que hacían en París Meilhac y Halévy, bien podían hacerlo otros en Madrid, y entónces compuso á vuela pluma *El joven Telémaco*, *Los caballeros de la Tortuga*, *Los progresos del amor*, *Los novios de Teruel* y otras farsas igualmente jocosas... Trajo al teatro español los proverbios franceses, dándoles tal aire de Madrid, que parecían tan hijos de la tierra como el sainete y el pasillo. De entre las seis ó siete deliciosas escenas de *Un caprice*,

de Alfredo de Musset, hizo surgir una comedia en tres actos, tan llena de interés como de carácter castizo. ¡Oh, qué brigadiera aquella de *El pañuelo blanco!*—Los que acusan á Blasco de plagiarlo, debieran comunicarnos esa receta tan sencilla que hay para convertir una marquesa de Musset en una militar española, y para sacar de no sé qué oscuros rincones de París una andaluza como la de *Los dulces de la boda*, ó un catalán como el de *Jugar al escondite*.

Pudieran también decirnos de paso cómo se puede, sin perder el gusto de la clásica sopa de ajo y el puchero nacional, paladear de pronto aquella refinadísima esencia de la cultura pari-

siense, que bautizó Nestor Roqueplán con el nombre de *parisina*, y cuyo aroma sutil y penetrante no aciertan á percibir muchísimos hijos de la gran ciudad, con ser ellos—¿y cómo no?—los mayores devotos de esa sustancia impalpable é inasequible.

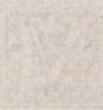
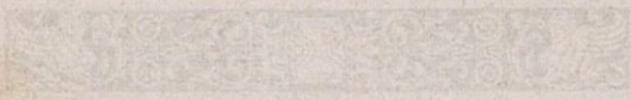
Hé ahí al Blasco de la vida literaria... En cuanto al Blasco de la vida íntima, con sus buenas cualidades y sus defectos, ¿qué he de decir?

Que tiene un corazón de oro.

Y que, por eso mismo, suele empeñarlo algunas veces.

MARIANO DE CÁVIA

Madrid, Febrero de 1886.





El ojo, el diente y el cabello.



ARÍA...

Me conviene llamarla así, porque este es un nombre á la vez vulgar y bello. María había vuelto del baile, y arrojaba sobre su tocador, sobre las sillas, sobre la alfombra, sobre todas partes, adornos, flores, brillantes, lazos, cintas, guantes, pañuelo, todo, en fin, lo que la había transfigurado para ir á oír elogios y galanterías... ¡que no había oído!

¡Y María se miraba en el ancho espejo de su *palissandre*... y se detestaba!

¡Ella, que un tiempo fué la reina de los salones!

¡Ella, que había trastornado las cabezas más firmes de España!

¡Ella, que había tenido el inmenso placer de derrotar á casi todas sus amigas!

Pero ¡ay! también Napoleón tuvo su Waterloo.

«Todo pasa,» decía Santa Teresa de Jesús, santa y sabia. «Todo pasa; sólo Dios es eterno.»

María volvía de un baile que todavía no se había acabado. Y esta ex-hermosa había perdonado con gusto el *cotillon*, porque... ¡da pena el decirlo! aquella noche... ¡no la habían celebrado!

Si una madre pudiera sentir tener hijos, María hubiera sentido aquella noche con toda su alma haber dado á luz su último

vástago, un hermosísimo *rejeton* que en aquella misma noche cumplía cuatro meses.

¡Ay! Es que en aquellos cuatro meses María, que (y perdóneme el lector que lo diga en voz muy baja, porque esto es peligroso); María, que tenía ya *treinta y nueve años*, había sufrido en el *sobrepardo* (palabra *cursi*, ordinaria y de malísimo tono), todo género de dolores y toda clase de quebrantos.

¡Pero venció!

La naturaleza es fuerte, la voluntad poderosa, la impaciencia devoradora; y acabada la convalecencia, María ¡oh dicha! recibió una tarjeta grande, cartón Bristol, en la que se leían estas palabras:

*Los marqueses de****
agradecerán á VV. les acompañen
á tomar el té en la noche del jueves
á las nueve.*

El té era, como siempre, el pretexto para el baile. El té es el procurador general de todas las diversiones nocturnas. ¡Oh té! Yo te saludo. ¡*Saludamus* TÉ!

María sabía muy bien (esto no se ignora nunca) que el último *accouchement* (y lo digo en francés para que parezca más bonito) la había *estropeado*, según decían sus amigas á espaldas de ella, ó la había *variado un poco*, según decía ella misma.

Pero el arte ha logrado imitar de tal manera á la naturaleza, que María se sonrió al leer la invitación, y pensó (lo sé de seguro):

—¡Esta noche volveré á ser la misma de siempre!

Cuatro horas duró la *toilette* de mi querida amiga.

Acabó de comer á las ocho, se precipitó en su *boudoir* como el soldado que al oír el

punto de atención se precipita en la tienda y busca apresuradamente sus armas para salir á formar sin perder momento... Eran las doce y media cuando volvía á salir, hermosa, deslumbradora, *splendide*, digna del primer premio en la exposición de pinturas.

Su marido... (¿no habíamos hablado de su marido?) su marido había vuelto del ministerio á las cinco; había jugado con los niños por los pasillos de la casa hasta las seis y media; se había sentado á comer á las siete; había tomado el café á las ocho, y estaba vestido á las nueve.

El pantalon le estaba un poco corto; el frac tenía varias arrugas; la pechera parecía una joroba; el cuello de la camisa estaba un si es no es desfilachado, y la corbata blanca lucía hácia la izquierda; pero la verdad es que aquel hombre se había vestido de prisa

y tenía los guantes puestos, que eran, por cierto, un poco grandes. No tuvo que peinarse, porque era calvo á todo lujo. Esperaba, y esperaba sentado.

Sentado en un diván debajo de un gran cuadro al óleo de San Jerónimo en oración, puesta una pierna sobre otra, las dos manos cruzadas abrazando la pierna de encima, y la cabeza caída hácia atrás y recostado sobre el almohadón del respaldo, el marido miraba al techo y pensaba.

—¿A qué hora pensará salir *ésta*?

Salió, por fin, *ÉSTA*; y el marido... no es eso, lector, se ha equivocado usted; ¿creyó usted que el marido se quedó aterrado, confundido, ante aquellos hombros desnudos, que no tuvo Friné, ante aquella espalda mórbida que no tuvo Ninón, ante aquellos brazos que Aspasia habría envidiado de se-

guro? ¿Cree usted que el marido le dijo á su mujer el primer elogio de la noche?

¡No! Yo soy imparcial; no dijo más que estas palabras:

—¡Gracias á Dios! ¡Vamos, anda, anda!

Y los criados que iban alzando *portieres* bajo los cuales iba pasando María como una sombra, como una aparición de la noche, dejando oír el *frou-frou* del crujiente raso, mientras el marido metía á duras penas los brazos por las mangas de un gabán peludo, murmuraban con cierta amargura de que no están exentos los corazones de las fregatrices y de los lacayos:

—¡Qué ajada está!

—¡Qué variada!

—¡Qué *otra!*

—¡Cómo se ha pintado!

Eran, como ya dije, las doce y media. A

las dos ya el matrimonio estaba de vuelta en casa.

El marido se desnudó en cinco minutos, se ató un pañuelo de seda á la cabeza, y así, vestido de valenciano, se metió en la cama y se quedó dormido.

Roncaba. ¡Ah, señor mío!

María, ya os lo he dicho al comenzar, arrojó con rabia todos aquellos adornos, se miró al espejo, sentóse en una butaca, pasó una hora mirando al suelo... ¡y lloró!

Y era un extraño concierto, una música rara la que formaban entremezclados los sollozos y los ronquidos.

Por fin, María se rindió al sueño. Se acostó y durmió. El sueño es un excelente amigo que nos consuela de muchas penas... cuando no se permite el placer de renovárnoslas con ensueños molestos.

II

Pero aunque María se durmió, no se durmió del todo.

Mejor dicho, había en ella algo que no dormía...

En aquella cabeza que hundida en la almohada descansaba de los recuerdos nefandos de la *soirée*, mantenían triste diálogo *sotto voce*, un diente temblón, un ojo entornado y un cabello inseguro.

Era aquella una escena que en mi calidad de autor dramático voy á trasladar al papel, en la misma forma que las escenas de comedias.

Así, pues, oigamos á los interlocutores. Ellos hablarán con mayor sinceridad que yo mismo.

ESCENA UNICA

EL OJO, EL DIENTE, EL CABELLO

EL OJO

Mientras María pretende descansar de las fatigas del baile, y sueña ¡infeliz! con su primer desengaño inesperado, digamos sus penas... ¡ay! y las nuestras. ¡Pobre María!

EL DIENTE

¡Pobrecilla!

EL CABELLO

¡Pobre!

EL OJO

María es una de las primeras bellezas de Madrid... ¡donde hay tantas! Los hombres la

rinden culto, las mujeres envidian sus atractivos; fuerza es reconocer en ella una de las favoritas de la moda y uno de los prodigios más célebres de su generación.

EL DIENTE

¿De qué generación?

EL OJO

¡Silencio! Vedla cómo se agita.

EL CABELLO

Ha hecho un movimiento y ha lanzado un suspiro. ¡Sufre! Sufrirá desde hoy constantemente, y yo sé por qué.

EL DIENTE

Y yo.

EL OJO

Y yo.

EL CABELLO

Desde hoy observará que en los jarrones de su tocador no lucirán aquellos preciosos *bouquets* que una mano furtiva depositaba, dando que reír al marido, á quien le era tan fácil creer que los compraba la cocinera.

EL DIENTE

Desde hoy observará que sus amigos, en lugar de venir á verla en los días de trabajo para los empleados públicos, vendrán en domingo, sin temor ninguno de hallar al marido en casa.

EL OJO

Desde hoy observará que los *muchachos*,
en lugar de ser galantes, sólo serán corteses.

EL DIENTE

Y yo tengo la culpa.

EL OJO

No; sino yo.

EL CABELLO

¡Oh, no! ¡La culpa es mía!

EL OJO

Es que yo... enrojecí.

EL DIENTE

¡Yo estoy amarillo!

EL CABELLO

¡Ay! Y yo... blanco.

EL OJO

¡Sol! ¡Lucero! ¡Brillante! Todo esto era yo ayer. ¡Cuántos versos me han hecho! ¡Cuántas flores me han dicho! Yo, deslumbraba; yo, fascinaba; yo, enloquecía. Un ángel, según opinión de un poeta, venía á cerrar mis pupilas por la noche; un ángel venía á entreabrir las por la mañana.

EL DIENTE

¡Perla! ¡Marfil! ¡Nacar! Todo esto me han llamado á mí, á mí solo, y éramos treinta y dos iguales. ¡Qué no habrán dicho de todos nosotros juntos!

EL CABELLO

Lluvia de oro era yo, según los aduladores de esta señora mía; seda finísima, diadema esplendorosa, ya cabellera, ya bucle, ya rizo.

EL OJO

Pero ahora... ya he oído decir ¡oh insolencia! que tengo la pata de gallo.

EL DIENTE

Yo tiemblo, á mi pesar, de que me sustituyan con otro nuevo.

EL CABELLO

Yo estoy embadurnado, desfigurado, teñido. ¡Qué asco! ¡Cambié de sexo en la caí-

da; fuí cabello, y soy cana; me han asociado á pelos advenedizos, de persona muerta, sin duda! Reniego, amén, de mis convecinos *apócrifos*.

EL OJO

Reniego yo de la horquilla candente con que me alargan todas las noches antes de ir al teatro.

EL DIENTE

Reniego de Makean, de Thomas y del agua de Pierre.

EL OJO

Estoy humillado. ¡Ya sé cómo se llora!

EL DIENTE

Estoy picado. ¡*Picado* de veras!

EL CABELLO

¡Quitadme esas aguas, esos menjurjes, esos corrosivos! ¡Antes que ver declinar así mi vida miserable, yo hubiera preferido formar parte de aquel mechón que María regaló al capitán que partió para Cuba! ¡Ahora estaría yo encerrado en un medallón de oro, viviría al calor de un corazón amante, recibiría sus apasionadísimos besos... Pero aquí... aquí... me arrancarán de un tirón una noche y me barrerán una mañana.

EL OJO

Mi porvenir es mirar al cielo.

EL DIENTE

¡Presiento el *cautchouc*, veo la llave inglesa!

EL OJO

¡Hablad, hombres, hablad! ¿Estáis satisfechos? ¡Ayer os arrojabais á los pies de María, sufríais sus desdenes, padecíais de celos, moríais de sed... Nosotros fuimos sus cómplices, pero hoy somos vuestros vengadores!

EL CABELLO

Venid, mujeres: ¿no la envidiabais? ¿No os irritaba su belleza siempre igual, siempre grande? Venid aquí, á la soledad del dormi-

torio, y contempladme *casi solo* en la despo-
blada cabeza.

EL DIENTE

La ex-diosa se agita. Va á despertarse.

EL CABELLO

Ha pensado tanto esta noche, que mi raiz
se seca.

EL OJO

Lloró tanto al volver, que estoy desfi-
gurado.

EL DIENTE

Me ha rechinado, nos está rechinando, y
esto me *resiente*. Vedla, se despierta: ¡cuán
otra!

EL OJO

Yo me apago. ¡Adios, María! Mañana te llamarán doña Mariquita.

EL DIENTE

Yo tiemblo. ¡Adios, infeliz! Mañana te ayudaré á morder el pañuelo.

EL CABELLO

Yo me caigo. ¡Adios, ex-belleza! Mañana... serás abuela.





EL ÚLTIMO BESO

Á LA DUQUESA DE HÍJAR

I

SI fuera posible novelar la historia de Italia de los siglos XV, XVI y XVII publicando todo lo que hay de dramático y misterioso en sus anales, más de un lector sensible y más de cuatro lectoras nerviosas soltarían la novela de las manos, horrorizados ante el cúmulo de horrores que podría ofrecer el autor á la curiosidad de los amantes de lo trágico.

Difícil es amenizar la revelacion de escenas sangrientas y de aventuras escandalosas. ¿Lograré yo distraer un rato la atencion de usted con una relación interesante?

Interesante la llamo, sin temor de parecer vanidoso; es un hecho que llaman en Venecia *histórico*, á pesar de que no lo he visto comprobado en ninguna historia general ni parcial, códice antiguo ni documento inédito. Dos ó tres autores franceses lo han acomodado á su idioma, contándolo cada cual á su manera. Yo lo he *modernizado*, si se me permite la frase.

Allá va, pues, carísima amiga, y léalo usted con benevolencia, aunque me diga luégo que *si non è vero, è ben trovato*.

II

Hace algunos años, recorríamos la Italia varios amigos. De vuelta de Oriente, desembarcamos en Brindisi, y dicho se está que para ir á Francia teníamos que visitar el *bel paese* de cabo á rabo. Nos proponíamos ver todas sus poblaciones importantes y llevábamos cartas de recomendación para algunas familias principales de Turín y de Roma...

La duquesa de *** nos había recibido en su casa con la amabilidad que le reconocen aun aquellas personas que nunca le han dirigido la palabra.

Una noche, mientras *son monde* tomaba el té, me quedé solo con ella, al amor del fuego.

La duquesa *había sido* muy hermosa. A la sazón estaba enferma, y nuestra conversa-

ción se limitaba á contarme el sin número de aguas minerales que había tomado por orden de los médicos más famosos, y á decirle yo que hay ciertas enfermedades para las cuales el médico no sirve de nada.

En esto estábamos, cuando un tremendo golpe de tos de la duquesa interrumpió nuestro diálogo, y yo sentí una emoción desagradable al ver que el pañuelo que mi ilustre amiga se había llevado á la boca para contener la tos, estaba manchado de sangre.

Me levanté para tirar del cordón de la campanilla, y la duquesa, sonriendo, me dijo que me sentara.

—Como sois extranjero, me dijo, y como me conocéis hace poco tiempo, ignoráis que estos sucesos son breves, y desconocéis su origen. Os voy á contar una historia que saben de memoria mis compatriotas.

Limpióse la sangre que aún conservaba en los labios, arrojó su pañuelo sobre un velador y comenzó de esta manera:

III

—Hace veinte años, amigo mío, tenía yo dieciocho, y me casaron con el excelente marido cuya muerte nunca lloraré bastante.

Creeréis, al oír esto, que mi marido era el que yo había deseado. No.

El duque me doblaba la edad; su fealdad es famosa en Italia; pero en cambio tenía mucho talento.

Mi padre me casó con él contra mi voluntad, y á pesar de esto, mi marido logró á los cuatro meses de ser dueño de mí, que yo le amara como si me hubiera casado con él

arrastrada por una pasión honda y vehementemente.

Tenía el alma tan hermosa, que la fealdad de su rostro fué desapareciendo ante mis ojos, y al cabo de un año me parecía el hombre más hermoso del mundo. ¡Tan cierto es que se ama con el corazón, y no con los ojos!

Á poco tiempo de habernos casado, el duque me llevó á recorrer la Europa; pero yo deseaba ante todo conocer mi país, porque nunca había salido de Roma.

Fuimos, pues, á Turín, á Milán, á Nápoles, á Florencia, á Venecia...

En Venecia resolvimos pasar el invierno. Con tal objeto alquilamos un palacio á orillas del gran canal y próximo á San Marcos.

Nuestros salones fueron bien pronto punto de reunion de la sociedad más escogida, y

los nombres más ilustres figuraban en las tarjetas que constantemente recibíamos.

Entre nuestros nuevos amigos había uno que nos visitó poco al principio, y con demasiada frecuencia luego. Bien pronto su aparente amistad se hizo sospechosa á mis ojos.

Era un noble veneciano, descendiente nada menos que de Marino Faliero, joven, hermoso, rico, galante, célebre por sus aventuras; no tengo que decir más para que adivinéis que aquel hombre entraba en mi casa con el propósito decidido de hacerme la corte.

Comprendilo así, y procuré desde el primer momento encerrarme en una reserva profunda. Dí orden á los criados para que no se le recibiese nunca, so pretexto de que estábamos ausentes ó enfermos; pero estas ne-

gativas no podían repetirse, porque mi marido, á quien no quise enterar de mis temores, le invitó para el primer gran baile que dimos, y luego para una comida, y despues para un té; en una palabra, era fuerza tratar á aquel hombre, ó provocar un duelo. El escándalo me aterraba, y el escándalo era inevitable si yo pronunciaba una palabra. Si todo marido es celoso, ¿cómo no había de serlo el mío, que, á pesar de mi conducta intachable tenía tantos espejos en su casa?

El asedio del veneciano aumentaba; mi resistencia era tenaz, pero aquello debía tener un término; hubo momentos en que tuve miedo de mí misma, y tomé una resolución inquebrantable.

Con el dominio que mi voluntad ejercía en la del duque, le exigí que saliéramos de Venecia *inmediatamente*.

—¿Inmediatamente? dijo mi marido; ¿y por qué?

—No lo sé, es un capricho; una ridiculez quizá... He soñado que esta semana nos ha de suceder algo grave en Venecia, y bien sabes que mis agüeros...

Mi marido se echó á reir, pero era esclavo de mis caprichos, y dió las órdenes oportunas para que nuestra partida se verificase en el término de cuarenta y ocho horas.

Al mismo tiempo que el duque daba esta orden, entró en el salón el hombre de cuya persecución quería yo huir á todo trance.

Mi marido le saludó con afabilidad, y salió á disponer nuestro viaje. Quedéme sola con él, y entonces mi osado pretendiente, con la rapidez del rayo, se acercó á mí y me cogió la mano.

No pude impedir que me la besara, y...

perdonadle á una pobre vieja esta confesión... sentí un vértigo, retiré bruscamente la mano á tiempo que mi marido volvía al salón con una gorra de viaje en la mano.

En aquel momento mi corazón, que había estado dormido tanto tiempo, volvió de su letargo... ¡y el duque me pareció más horroroso que nunca!

Pero su presencia fué mi salvación: la voluntad y el deber vencieron á la pasión naciente, y aquella brevísima tempestad que promovió la audacia del enamorado veneciano, disipóla en un segundo la voz de la honra, como disipa el sol, con un solo rayo, las negras nubes que fueron principio y fin de la tormenta.

—¿Qué es eso? dijo viendo al duque con la gorra escocesa en la mano. ¿Vais de viaje?

—Nos vamos pasado mañana, respondió mi marido.

El veneciano me miró.

—Sí, le dije yo entonces. Nos vamos para no volver más; y le volví la espalda.

IV

Aquella noche recibí una carta de mi galán.

La devolví sin abrirla.

A la mañana siguiente un criado me anunció su visita.

—Decid á ese caballero, exclamé iracunda, que no queremos verle.

El duque, que me oyó pronunciar estas palabras, dijo:

—¿Y por qué?

—Porque ese hombre, le respondí, me repugna.

—En efecto, exclamó mi marido, dicen que es un libertino, que ha promovido mil disgustos, que ha envenenado á dos ó tres mujeres, y que abusa de la influencia que ejerce en los tribunales con su fortuna... Pero serán hablillas sin duda, porque es muy galán y debe tener muchos envidiosos.

Y tocándome nuevamente en el hombro:

—Señora duquesa, me dijo cariñosamente, eso no ha estado bien, y yo voy ahora á despedirme de ese caballero, y á disculparte del recado que acabas de dar á Bautista. ¿O prefieres que pasemos por groseros?

—No, contesté.

· Mi marido salió tarareando una canción italiana.

V

¡Si supierais cuánto me pesó aquel relámpago de amor que sentí hácia mi galante caballero!

Todavía resonaba en mi oído la canción que mi excelente esposo iba tarareando por el pasillo; y al verle tan contento, tan satisfecho de la felicidad que yo le proporcionaba, me avergoncé de haberme dejado fascinar un momento por la atractiva mirada de aquel calavera de oficio.

El duque era tan bondadoso, tan amable, tan digno de ser amado...

Pasaron dos horas, durante las cuales activé los preparativos del viaje, dispuse nuestras tarjetas de despedida, escribí algunas

cartas, y cuando me preparaba á hojear una guía de Italia para estudiar el itinerario de nuestro viaje, apareció en el umbral de la puerta del salón mi marido, pálido, mortalmente pálido, horriblemente desencajado, dió un paso adelante, vaciló y cayó sobre la alfombra. Rebotó su cabeza en el suelo, me arrojé sobre él para ayudarle á levantarse. ¡Me muero! dijo; y cogiendo con convulsas manos mi cabeza, acercó mis labios á los suyos, y depositó en ellos su alma con un apretadísimo y prolongado beso.

Dos segundos despues, el duque era un cadáver.

No os puedo describir el dolor que se apoderó de mi alma. Cuando tuve tiempo para pensar, comprendí que mi marido había sido envenenado. Así lo hice saber á las autoridades de Venecia, las cuales, mejor informa-

das que yo, pudieron enterarme, á las cinco de aquella tarde, de todos los pormenores de tan horrendo crimen.

El noble veneciano, á cuyo amor nunca quise corresponder, había recibido la visita del duque y le había envenenado como á tantas otras víctimas de sus iras ó de sus celos, invitándole á fumar una pipa cuya boquilla estaba impregnaba del veneno con que aquel miserable había hecho desaparecer en otras ocasiones á rivales temibles. Esta vez el envenenador había seguido á la víctima, y mi galán se había suicidado, anunciándome en una carta su adiós á la vida, que sin mí no quería. Esta carta, hallada por el magistrado en casa del suicida, me fué entregada aquella misma tarde.

Volví á Francia desolada. Desde entonces una enfermedad sin nombre acaba mi vida

lentamente. La ciencia ha sido estéril para combatir mi mal, originado, según confesión de los médicos más famosos, por algún residuo del veneno que el duque me trasmitió en sus labios al depositar en los míos aquel *último beso*, cuya impresión creo aún sentir en este momento.





De Teruel.

RECUERDOS DE VIAJE

I



A sido, es y será Teruel ciudad célebre, á más de famosa, porque su nombre es ya un modismo, una de las mil frases ponderativas de que es tan rico el idioma castellano; porque no hay niña ni vieja que ame ó amara en sus verdores, á quienes no recuerden firmeza desusada y amor sin igual aquellos nunca bien ponderados amantes *que en vida y en muerte se quisieron bien*, como

decirse suele. Amantes á ningunos otros parecidos, que al ser alabados por la universal opinión han perdido su nombre de pila y sus apellidos insignes, para ser ante todo los de Teruel, citados como modelo é inmortalizando á la vez su firmeza y su cuna.

Hablar, pues, de mujeres, que es hablar de amores, y elegir por asunto de conversación las cualidades distintivas de las que en la patria de Isabel y Diego nacieron, será, bien hallada lectora mía, darte ejemplos que seguir en punto de pasiones combatidas, y modelos que admirar en negocios del corazón, que son delicados; será, si bien se mira, abrirte los ojos, si cerrados los tienes, y aun abrirte camino; ¿pero has de ser tú inexperta en seducir, siendo hembra y española? Desusada cosa me pareciera, y así bueno será que yo me limite á decirte cómo son tus compa-

triotas de las orillas del Guadalaviar, y tú sacarás la mejor consecuencia.

Patria es Teruel del padre Ripalda, autor del Catecismo, que por buena senda nos guía en los primeros pasos de la vida, y en este libro aprendí yo, y no se me ha olvidado, que hay que amar á las obras de Dios, ó á Dios en sus obras; y no me pareció imprudente ni pecaminoso mirar con buenos ojos á una buena moza que en un molesto viaje me lo hizo desear largo, haciéndome cortesías á su pesar, á medida que el coche en que ambos íbamos á Teruel daba tumbos por aquellos caminos; y al verla enfrente de mí sentada en el interior de la diligencia (virtud contra la pereza, según aquel mismo padre) chocando conmigo á cada encontronazo, y poniéndose colorada de rubor por estas aproximaciones, que para mí eran mejores

que de lotería, me dijo la voluntad que me fuera tras ella, puesto que la suerte me la ponía delante; y lo que comenzó en azar, acabó en aventura.

Era, pues, la moza redonda de cara, subida de color, carrilluda y frescota; los ojos grandes, la boca chica; negro el pelo, levantada la frente; tersa toda la faz y los labios como las guindas; persona de tan franca mirada y tan noble figura, que los ojos no sabían apartarse de su hermosura; y tan seria y tan grave, y tan *metida en sí* (como ella misma dijo), que para ella se hizo sin duda la frase de tener cara de pocos amigos. Yo no pude serlo suyo, aunque quise; porque decía, con gravedad hombruna, que por algo se empieza, y que no estaba bien hablar por hablar y ser amigos á secas hombre y mujer; porque esto en Aragón se llamaba *comprometer*, y

no gana nada una mujer de bien con tener amigo que no ha de ser á la larga pariente; y, en fin, que no tenía ganas de conversaci3n y que la esperaban en casa.

¡Mal a1o para los andaluces acostumbrados á pelar la pava, d1as, semanas y meses, y perder tiempo en flores! dec1a yo para mi capote (porque era en invierno); y recordaba sin querer esas relaciones amorosas que en Madrid 3 en Sevilla, 3 en Galicia 3 en Extremadura, duran hasta diez y doce a1os, siendo los novios, tan 1ntimos amigos mientras dura el noviazgo, que á veces son tan parientes, que pasan de hermanos y no llegan á esposos; recordaba la gracia picaresca de la inquieta mujer del mediod1a, y la coqueter1a venial de la madrile1a, y comparábalas con mi compa1era de viaje, tan razonadora y tan *ceremoniosa* como aquel rey de su pa1s

tan renombrado; mujer aragonesa, carácter severo, corazón tan apasionado como inflexible, honestidad con cara de viernes, y recato montés para desesperación de corazones saltadores.

Parecía que el mío entraba con mal pié en la antigua *Turbula* (que así se llamó Teruel por los romanos), y comencé á dudar de una deducción estrafalaria que por el camino fuí haciendo; porque había dado en pensar que los naturales de Teruel se pudieran llamar *turbulentos*, como se llaman bilbilitanos los de Calatayud, por ser hijos de la antigua *Bilbilis*; y esto pensaba yo por no saber, en verdad, cómo se llaman, porque en el Diccionario de la lengua que hace la Academia, á quien hay que consultar estas cosas, no se les llama ni turbulentos, ni turbulanos, ni teruelanos, ni teruelenses, ó lo que sea, porque

no está la palabra en el libro y me he quedado sin averiguarla.

Turbulentos, decía yo, se llamarán ellos, y turbulentas, por consiguiente, sus mujeres, madres é hijos; y me figuraba ya encontrar á cada paso, y á la vuelta de cada esquina, muchachas alegres, inquietas y vivarachas, amigas de broma y dispuestas á meterse en harina; pero ¡qué desencanto... y qué grato!

No, no me pesó de conocer aquella nueva faz de la fisonomía moral de Aragón; completó mi seguridad de que aquel hermoso país, cuna de la libertad y de las glorias de España, está decaído, pero no degradado; que si alguien ha dicho con verdad que para juzgar de la moralidad de un país hay que ver la consideración de que en él gozan las mujeres, todavía es Aragón el país de la integridad, de la severidad de las costum-

bres y de la elevación de los sentimientos.

Mujeres ilustres produjeron todas las provincias de España; de sabias y valerosas, están nuestras historias llenas; pero las inmortalizó su valor, su prudencia, su habilidad, su erudición, su imaginación portentosa; inmortales por ser mujeres, ó, lo que es lo mismo, por ser amantes, no consiguió la fama más que una; y esa es aragonesa, y en Teruel nacida. ¡Qué seriedad tan atractiva era la que en Teruel me hacían observar las mujeres! Una moza de cántaro tarareaba bajo las ventanas de mi posada, mientras llenaba un *cuenco* de agua; vestida á la usanza del país, con su zagalejo amarillo de bayeta sin adornos ni franjas, corto hasta la deshonestidad y pegado á las piernas; medias azules y alpargatas á lo pastor; jubón de pana negra con mangas estrechas; pañuelo sobre la

cabeza, en forma de rosca, para que el cántaro descansara en él después de lleno; la cara redonda y colorada, los pendientes con honores de arracadas, de gran tamaño y relumbrones como ellos solos, agitándose con ruido y pisando en los hombros; collar de cuentas de vidrio amarillo y su cruz en él, cayendo sobre el seno; figura de color local y vestidura que nunca se pasa de moda, y que me complacía en observar desde la ventana, notando con asombro que, aún cantando, se puede estar grave y que á veces el canto más es costumbre que alegría.

Cantaba la mozuela al compás del agua que caía en chorros de una gran fuente, y decía:

Navarrico, navarrico,
no seas tan fanfarrón;
que los cuartos de Navarra
no pasan en Aragón.

Y á la copla seguía un estribillo tan largo y tan historiado, que más parecía cuento que copla.

Díjola piropos un soldado que acertó á pasar cerca de la fuente, y le contestó tan desabrida y furibunda, que el hijo de Marte siguió su camino un si es no es corrido y temeroso de que le siguiera con mala intención la esquiva, según volvía la cara á cada paso.

Recordaba yo á mi compañera de viaje y comenzaba á sospechar si la esquivez sería epidémica en hembras teruelanas; pero el posadero, á quien hice depositario de mis dudas, sacóme de ellas pronto, diciendo con aquella bendita franqueza de la tierra:

—No lo crea usted; aquí hay de todo como en todas partes; lo que tiene es que aquí no perdemos el tiempo, porque las mujeres que

dan conversación, por algo será, y, sobre todo, ustés están acostumbraos á que en Madrid les planten cara de siguida; pues aquí no venga usté con *tontadas*, porque le puén dar á usté un *jetazo* (1).

II

Una visita de encargo es siempre molesta; á mí me parecen estos encargos dificultosos, porque envuelven la obligación de demostrar un afecto que siente otro, y de obsequiar en comisión á una persona ó familia á quien no puede uno parecer más que lo que anuncie la propia fisonomía. Yo tenía que visitar

(1) Bofetada, puñada, golpe en la cara.

á una familia de Teruel compuesta de padre, madre, dos hijas y un hijo. Familia, como si dijéramos, de reglamento, tipo y modelo de la mayoría de las familias. El padre era dulce por su profesión, ya que no por su carácter; era confitero. La madre matrona, no sé si venerable, pero matrona de oficio, porque asistía á los partos de aquellas de sus convecinas que la pedían auxilio en ciertos aprietos; las hijas pudieran hacer mella, si se atiende á que eran mellizas; el muchacho no debía sentarse nunca para estudiar, porque, según me dijo, estudiaba Derecho.

Visité á la familia y me convidaron á comer para el día siguiente. Se comía á la una, hora en que solía yo almorzar en Madrid, y se comía bien, á juzgar por la muestra. Diéronme tantas y tales cosas y se confabularon de tal manera para añadir cada uno de mis

nuevos amigos un suplemento al plato que la señora de la casa me servía antes que á nadie, que me parecía notar por instantes crasitud en mí desusada. Un arroz con colorados pimientos fué la sopa, de lo que tomé un plato que más parecía un montón; trajeron en seguida las criadas el cocido tradicional, que en Aragón es tan inevitable como en Castilla, y comenzó en seguida una serie de pollos guisados de tan varias maneras, que no había más que pedir. Pollos con tomate, pollos con salsa, pollos guisados, pollos asados... Y á todo esto, la madre y las hijas diciéndome que por qué comía tan poco, y ofreciéndome cada una una patita que no había medio de rehusar, porque las hijas y la madre torcían el gesto como si les enojara que las desairasen. Comí como un Heliogábalo y bebí un vino espeso y sabro-

so, perro moro, sin duda alguna, dicho sea en honor de los taberneros aragoneses de aquel lado. Acabada la comida, y sin haber tomado café, que, según luego supe por un teruelano, era bebida indigesta, pasamos á una sala tan limpia como modestamente amueblada, en la cual, y encima de una cómoda, había un guerrero de yeso con la lanza rota y un mochuelo disecado, falto de un ojo y con la cola triste. Parece que el gato le desplumaba siempre que podía. En las paredes había seis cuadros que componían toda la historia de la conquista de Méjico por Hernán Cortés, con su explicación en francés y castellano, y en un rincón de la sala se veía una guitarra adornada con cintas de colores que se iban pasando, porque todo en el mundo pasa.

Nos sentamos en un sofá la mamá y yo,

y á nuestro lado las niñas en dos sillas bajas, mientras el padre hacía un cigarrillo de papel y me le ofrecía. A poco rato comenzaron á venir amigos y amigas que tenían deseos de conocer al forastero, y poco á poco la sala se fué llenando de gente y comenzó cada cual á colocarse donde y como quiso, estableciéndose esa confianza que da toda reunión de familias donde cada convidado piensa alegrar al otro y alegrarse él diciendo y haciendo lo mejor que sabe.

Entonces fué cuando, aprovechando la ocasión que se me ofrecía de estudiar tipos y caracteres, pude recoger media docena de datos á cual más interesantes para la historia de la vida y costumbres de aquellas incomparables mujeres.—Vea usted esa, me decía el confitero señalando á una de las muchachas que habían venido, y que era una

morena de lo más morenamente gracioso que recuerdo haber visto; pues esa chica, ahí donde usted la ve, cuando entraron los *facciosos* tuvo un oficial alojado en la casa, que quiso fiesta, y fué y lo tiró por la ventana, que si no cae en un pajar, se desnucan.—Y parece tan débil!... exclamaba yo, cuando ella, que pasaba junto á nosotros, dijo sonriendo: *Aunque paice...*

—Pues aquella otra de la cinturica tan pequeñica, seguía el confitero, aquella es más *tuna...*

Y al ver que yo me alarmaba oyendo la palabra, tuvo que recordarme mi huesped, porque yo, aunque zaragozano, ya lo había olvidado, que tuna significa aguda, lista, picarilla, habladora...

—¿Qué dirá usted que hizo, porque no la quise dar una libra de peladillas sin dinero?

Pues fué y vendió una huerta que le había dejao su difunto, y vino un día y me compró seis arrobas de peladillas, y las repartió á los cochinos, mejorando lo presente.

Oyó estas palabras la viudita, y se acercó y dijo:

—Más le valía á usted callar, don Tomás, que ya sabe usted que la libra de peladillas no era para mí, que era para un niño pobre que las pedía llorando á la puerta de la confitería, y usted, porque era un pobre, no se las quiso dar, ni á mí porque no llevaba dinero.

—¡Otra! exclamó el confitero; pues si fuera uno á pagar *las miserias* á los pobres... ¿verdá usted?

Y yo me sonreí, porque no supe qué decirle que no le ofendiera.

—Ahí tiene usted á la Baltasara, me dijo,

que todos los novios que tiene se la van.

La Baltasara, que era una hermosa mujer cuya edad no llegaría á veinticinco años, se acercó á nosotros, y dijo:

—Se me van, porque los quiero pobres y hombres de bien, y á más quiero que se casen conmigo á los quince días de hablar; ¡como que soy sola!

Tenía razón la Baltasara. Se había quedado sin padres á los dieciocho años, era soltera, vivía sola, y su puerta estaba abierta para todos los vecinos del pueblo.—Si viene un hombre á mi casa quince días seguidos, y no me caso, ¿qué dirán? me preguntó con una altivez que me hizo bajar los ojos.

Fuera largo cuento referir todas las *sentencias* que salieron de los labios de aquellas muchachas de colores frescos, guapetonas y bien formadas, al parecer, y alegres todas

cuando era necesario; y aquella tarde lo era. Había en la casa un forastero y se le obsequiaba bailando y cantando al compás de una guitarra que rasgueaba el hijo de la casa sentado.

A las cuatro se sirvió un chocolate con bizcochos y una horchata de chufas que me cayó en el estómago como plomo derretido. A las siete nos llamaron á merendar, y á las nueve hubiéramos cenado si yo no me hubiera sentido malo y me hubiera despedido, como lo hice, tornando á mi posada duplicado de volumen, y deseando deshacer lo hecho. Al subir á mi cuarto, oí á la posadera estas terribles palabras, dirigidas á su marido:

—Creo que lo he matado.

—¿A quién?

—A Marcos.

—¿Al *cebadero*?

—Al mismo.

—¿Pues qué has hecho, *apatusco*, qué has hecho?

—Que sa empeño en *bulrase* del chico porque anda *garroso*, y le he tirao desde la ventana del pajar la media piedra de molino que se quedó allí el verano pasao.

—¿Y las acertao?

—En un hombro.

—A más si lo has reventao.

—¡O no ponerme!

En seguida oí correr al posadero hácia el sitio de la aventura, que era precisamente en un patio debajo de mis balcones. El *cebadero* estaba con un hombro deshecho y una gran descalabradura en la cabeza, pero sentado en un jergón y tocando la guitarra.

El posadero le recriminó duramente por haber insultado al *chico*; el chico era un hijo

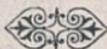
único que los posaderos tenían, y que andaba un si es no es torcido. ¡Pero á las madres les parecen tan hermosos sus hijos, y las madres aragonesas son tan amantes! La posadera suponía que había matado al insolente mozo de la posada, y sin embargo, yo la oía gritar:

—¿Quién te quiere á ti, rey del mundo? Pero ¡cuánto te quiere á ti tu madre, lucero! ¡Ajo, ajo, ajo! ¡Bendita sea tu cara, que paice un sol! ¡Déjale tú á ese tuno de Marcos, que dice que andas tú garroso! ¡Dile que no, sol, dile que no, que andas tú más *drecho* que la reinal!

Y entre tanto, el herido mozo cantaba y tocaba la guitarra, y decía (¡oh corazón aragonés, á ningún otro parecido!):

—¡Tía Felipa! Venga usted aquí, que á mí ya se ma pasao todo. Traiga usted al chico, que le voy á dar un besico.

¡Ay! ¡Cualesquiera que sean los contratiempos de la vida y los pesares que la enemistad ó la inquina de los hombres y de las mujeres me causaren, yo no podré renegar de la humanidad ni de la dureza del corazón humano, sabiendo que hay un rincón del mundo, para mí tan querido, en el que las ofensas y los perdones van siempre cogidos de la mano!





Fin desdichado. (1)



MEDIADOS del mes de Octubre de 1866 recibí una carta de un amigo emigrado en París, á consecuencia de la sublevación número X**** que hubo en España el 3 de Enero de aquel mismo año. Era mi amigo,

(1) Este trabajo, que han reproducido casi todos los periódicos españoles, y vió la luz por vez primera (con diferente título) en *La Ilustración Española y Americana*. Al incluirlo ahora en este libro, cumple al autor dar público testimonio de gratitud á los periodistas, sus compañeros, que tan bondadosos han sido con este pobre trabajo.

íntimo del general Prim: la retirada de éste á Portugal alejó á aquél de Madrid, donde tenía su familia, compuesta de su mujer, joven, virtuosa y bella, y dos encantadores niños, á quienes no se podía mirar sin sentir deseo de besarles una y mil veces.

El emigrado vivía en la mayor estrechez en la capital de Francia. Seguro estaba, sin embargo, y yo lo estaba también, de que el que á la sazón era capitán, había de entrar en Madrid al lado del general Prim, triunfante, y había de ser hasta general, así que cambiara la faz de las cosas; pero entre tanto, la necesidad apretaba; las comunicaciones entre mi amigo y su mujer eran difíciles, si no imposibles, y el capitán no sabía una palabra de su mujer ni de sus dos generalitos.

Él, liberal, altivo, noble é incapaz de humillarse por nada ni por nadie, vivía en Pa-

rís pidiendo dos ó tres francos á todo el que hablaba idioma que él entendía, y el Gobierno español de entonces, severo defensor del orden y de la propiedad y salvaguardia de la población pacífica, le abría todas las cartas que dirigía á su mujer, se enteraba de ellas, las rompía y quemaba, y hasta se quedó con quince duros que el emigrado pudo reunir, sabe Dios cómo, y enviar en una letra, que desapareció sin saber por dónde.

En este estado las cosas, si hay cosas en un país tan bien organizado, me escribió mi amigo una carta parecida á esos gimnastas del circo ecuestre, que á la vista del espectador se quitan treinta chalecos diferentes. Para que el Gobierno no se quedara con la carta, mi amigo la encerró en siete ú ocho sobres, siendo el último de abajo dirigido á

mi nombre, y los demás á distintas personas no sospechosas para los empleados de correos. De este modo pudo llegar la carta á mis manos después de haber visitado siete ú ocho casas, de donde la sacaban en seguida como si trajera la peste.

He aquí la carta, copiada al pié de la letra:

«Querido amigo mío: No sé si ésta llegará á tus manos, porque todas las que escribo se quedan en poder del Gobierno (aquí había lo que hay en toda carta de patriota expatriado, dicterios, interjecciones y todo género de apóstrofe.)

»Te escribo para rogarte me hagas el favor de pasar por la calle de Lope de Vega, número que no me acuerdo, donde vive ó vivía hace dos meses mi mujer, de la cual hace ya tres que no tengo noticia alguna, y en nombre de nuestra antigua amistad te

pido favorezcas y ayudes á ella y á mis hijos como te sea posible, si tu situación es mejor que la mía, que no puede ser peor ni tener parecido. También me atrevo á suplicarte...» (Y aquí había una porción de encargos y recomendaciones, cuya revelación al lector sería por mi parte imprudente.)

Aprovechando, pues, la oscuridad de aquella misma noche, y temeroso de pecar de conspirador, me dirigí á la calle de Lope de Vega en busca de la casa donde pudiera habitar la mujer de mi amigo, y después de dar señas de la persona en diez ó doce porterías, dí con la casa, que era de pobre aspecto.

Abierto estaba el portal y á oscuras la escalera, y subiéndolas á tientas y manoteando hácia adelante, llegué hasta la puerta del que supuse sería cuarto principal, y que estaba entornada.

Dí dos temerosos golpes con los nudillos de los dedos en la puerta, y salió á abrir un muchacho demacradísimo y pobremente vestido, que me preguntó á quién buscaba. Detrás de él vino una mujer de aspecto ordinario, con un pañuelo en la cabeza, andando de puntillas y hablando en voz baja. Repitió la pregunta misma del muchacho, y dije yo entonces el objeto de mi visita, en tanto que llegaba un segundo muchacho más alto que el primero, y con cara de haber llorado.

Grande fué el asombro de la mujer aquella, y no menor su llanto al oirme, y con palabras muy toscas, pero muy conmovedoras, me dijo que no me podía figurar á qué mal tiempo llegaba. Cogióme en seguida por la mano, y haciéndome andar un largo pasillo, al final del cual había una puerta por debajo de la cual se veía mucha luz, me lle-

vó hasta ella, y abriéndola señaló hácia adentro sollozando y diciendo:—¡Ahí tiene usted á mi pobre señorita de mi alma!

En medio del cuarto había una mesa cubierta con una colcha de flores, y sobre ella un féretro de percal sin galones ni adornos, pregonandola terrible tiranía del oro, que aun á los muertos priva de galas cuando son pobres. Dentro de aquella tosca caja estaba, como se suele decir, de cuerpo presente, la mujer de mi amigo, y cuatro velas amarillas que chisporroteaban de una manera terrible, le daban escasa luz, arrojando un humo denso negro.

Ya no pude resistir á la pesadumbre, y al ver llorar á la portera y á los dos niños, antes tan hermosos, tan limpios y tan elegantemente vestidos, y ahora hambrientos, demacrados, sucios, rotos y medio desnudos, rom-

pí yo á llorar también, rindiéndome á la pena como si aquella familia fuera la mía. Y me acordaba de haber visto aquella mujer joven, hermosa y elegante, apoyada en el brazo de su marido un año antes, y á los niños alegres, correteando delante del joven matrimonio, que se miraba en ellos; y yo no tenía valor para escribirle al emigrado lo que había pasado en su casa, y me aterraba la idea de que aquella joven, llena de vida y de hermosura y de virtudes, había muerto, según confesión de los vecinos, de pena y de hambre; y mientras me alejaba de allí con el corazón desgarrado y la imaginación llena de sombras, pensaba, recorriendo las calles sin dirección fija y como loco:—Pero, señor, ¿vale la pena de llegar á coronel, ni á brigadier, ni á general, ni á ministro, ni á Rey del mundo, después de ver esto?



El Quinto.

Tan pronto se veían, por un efecto de optica ó de locomoción, anular el espacio en sus dos modos de tiempo y de distancia, de los que el uno es intelectual y el otro físico.

(HISTORIA INTEL. DE LUIS LAMBERT,)

A MI QUERIDO AMIGO ALBERTO MARCHAND
DE LA RIBELLERIE

Tours, 1836.



EN una tarde del mes de Noviembre de 1793, las personas más principales de Caréntán estaban reunidas en el salón de madame Dey, en cuya casa se juntaba la *asamblea*

diariamente. Algunas circunstancias que no hubieran llamado la atención en una gran ciudad, pero que habían de preocupar vivamente á una población pequeña, prestaban á esta reunión diaria especial interés. Dos días antes Mad. Dey había cerrado las puertas á sus tertulianos, y aun se excusó de recibirlos al siguiente, pretextando una indisposición. En circunstancias normales, estos dos acontecimientos no hubieran producido en Carentán mayor efecto que el que en París produce la clausura de todos sus teatros. En tales días, la existencia está allí en cierto modo incompleta. Pero en 1793, la conducta de Mad. Dey podía tener los más funestos resultados; pues el menor paso aventurado era en aquella época, con raras excepciones, una cuestión de vida ó muerte para los nobles. A fin de que se comprenda bien la

viva curiosidad y la desconfianza que animaba los rostros normáodos de aquellos personajes, y sobre todo, para hacerse partícipe de los temores de Mad. Dey, es necesario explicar el papel que ésta representaba en Carentán y la posición crítica en que ocupaba aquellos momentos, igual, quizá, á la de gran número de personas durante la revolución: las simpatías que ella despertará en más de un lector, acabarán de dar colorido á este relato.

Madame Dey, viuda de un teniente general, caballero de las Órdenes, abandonó la corte al principio de la emigración. Poseedora de cuantiosos bienes en los alrededores de Carentán, fue á refugiarse en este punto, confiada en que la influencia del Terror se dejaría sentir allí muy poco. Este cálculo, fundado en el conocimiento que tenía del país,

era verdadero, pues la revolución causó pocos estragos en la Baja Normandía. Sin embargo de que Mad. Dey, cuando tiempos atrás fue á visitar sus posesiones, sólo vió á las familias nobles del país, juzgó político abrir su casa á los principales vecinos de la ciudad y á las nuevas autoridades, esforzándose por conseguir que se envanecieran con su conquista, sin despertar en ellos la envidia ni los celos. Graciosa y buena, dotada de esa indecible dulzura que sabe agradar, sin recurrir á la humillación ni á la súplica, logró atraerse la estimación general, con un tacto exquisito, cuya sabia enseñanza le permitía mantenerse en un justo límite, desde el cual podía satisfacer las exigencias de aquella sociedad heterogénea, sin humillar el amor propio de los advenedizos ni herir el de sus antiguos amigos.

Contaba treinta y ocho años próximamente, y aún conservaba, si no aquella belleza franca y robusta que distingue á las hijas de la Baja Normandía, sí una hermosura fría, y, por decirlo así, aristocrática. Sus facciones eran finas y bien trazadas, y su talle flexible y delicado. Cuando hablaba, su pálido rostro parecía iluminarse. Sus ojos negros y rasgados, estaban llenos de dulzura; pero la expresión tranquila y religiosa que brillaba en ellos, parecía indicar que el móvil de su existencia no estaba en ella; casada en la flor de su edad con un militar viejo y celoso, se colocó en una falsa posición en medio de aquella corte galante, que contribuyó mucho, sin duda, á extender un velo de profunda melancolía sobre su rostro, en el que los encantos y la vivacidad del amor habían debido brillar en otro tiempo. Obligada á reprimi-

mir sin cesar los impulsos naturales del alma y las emociones que la mujer siente en tales casos, cuando en ella no tolera aún la reflexión, los sentimientos apasionados permanecían vírgenes en el fondo de su corazón. Así es que su principal atractivo consistía en aquella cordialidad juvenil que á cada paso descubría su rostro, y que daba á sus ideas una inocente expresión de deseo; á primera vista inspiraba respeto, si bien se pintaba siempre en su apostura y en su voz el vuelo de su imaginación hácia un porvenir desconocido; muy pronto el hombre más insensible se sentía capaz de amarla, conservando, no obstante, una especie de temor respetuoso, inspirado en lo cortés de sus maneras, que imponían. Su alma, grande de nacimiento, y aún más fortificada por luchas crueles, revelaba hallarse muy por cima del vulgo y de

los hombres, haciéndoles justicia. Aquella alma necesitaba una pasión elevada; por esto las afecciones de Mad. Dey se habían concentrado en un solo sentimiento, el de la maternidad; así, pues, la dicha y los placeres de que había estado privada su vida, los encontró en el extremado amor que profesaba á su hijo, á quien no amaba tan sólo con el puro y profundo arrobamiento de una madre, sino con la coquetería de una amante y los celos de una esposa. Era desgraciada cuando se encontraba lejos de él; estaba inquieta durante su ausencia, no se cansaba de mirarle, ni vivía más que por él y para él. Para hacer comprender á los hombres la intensidad de este sentimiento, bastará añadir que este hijo era, no sólo el único que tenía madame Dey, sino también su único pariente, el solo ser en quien cifraba los temores,

las esperanzas y los goces de su vida. El difunto conde de Dey fué el último vástago de su familia, como ella había sido la única heredera de la suya; por esto los cálculos y los intereses humanos se habían unido á las más nobles necesidades del alma, para exaltar en el corazón de la condesa un sentimiento de suyo grande en las mujeres. Había educado á su hijo á costa de amarguras sin número, que le hicieron aún más querido; veinte veces los médicos le vaticinaron su pérdida; pero confiada en sus presentimientos y esperanzas, tuvo el inexplicable goce de verle salvar felizmente los peligros de la infancia, y de admirar su progresiva complexión, á despecho de los pronósticos facultativos.

Gracias á sus constantes cuidados, aquel hijo creció, desarrollándose con tal donaire, que á los veinte años se le tenía por uno de

los mejores mozos de Versalles. En fin, por una fortuna que no corona los esfuerzos de todas las madres, el hijo adoraba en ella; las dos almas se comunicaban por fraternales simpatías, y si antes no les hubiera unido el voto de la naturaleza, habrían experimentado el uno por el otro esa amistad de dos hombres que rara vez se encuentran en la vida. Nombrado subteniente de dragones á los diez y ocho años, el joven conde obedeció á lo que era punto de honor en aquella época, siguiendo á los príncipes en su emigración.

A Mad. Dey, noble, rica y madre de un emigrado, no se ocultaban los peligros de su cruel situación; mas sin otro propósito que el de conservar á su hijo una gran fortuna, renunció al placer de acompañarle; y al leer las rígidas leyes en virtud de las que la Re-

pública confiscaba todos los bienes á los emigrados en Carentán, se felicitó por aquel acto de heroísmo. ¿No guardaba los tesoros de su hijo con peligro de su propia vida? Después, cuando tuvo conocimiento de las horribles ejecuciones decretadas por la Convención, se dormía tranquila al saber que su único tesoro estaba en salvo, lejos de los peligros y del cadalso, y por ello se regocijaba en la creencia de que había adoptado el mejor partido para salvar á un tiempo todos sus tesoros. Haciendo con este ignorado pensamiento todas las concesiones exigidas por la mala época, sin comprometer su dignidad de mujer ni sus creencias aristocráticas, ocultaba sus dolores en un frío misterio. Comprendía las dificultades que la esperaban en Carentán; porque ir allá y ocupar el primer lugar, ¿no equivalía á desafiar al

cadalso todos los días? No obstante, animada por el heroísmo de una madre, supo conquistar el afecto de los pobres, aliviando indistintamente todas las miserias, y se hizo necesaria á los ricos, desvelándose por complacerlos. Recibía al procurador de la *Commune*, al corregidor, al presidente del distrito, al acusador público y hasta á los jueces del tribunal revolucionario. De estos personajes, los cuatro primeros, que no estaban casados, la cortejaban con la esperanza de llamarla su esposa, ya intimidándola con los males que podían causarla, ya ofreciéndola su protección; el acusador público, procurador que había sido de Caen, y encargado en otro tiempo de los intereses de la condesa, trataba de que ésta le amase, observando una conducta llena de sacrificios y generosidad: ¡finura peligrosa! Este era el más temible de los pre-

tendientes; pues siendo el único que conocía á fondo el estado de la cuantiosa fortuna de su antigua cliente, su pasión había de acrecentarse con todos los deseos de una avaricia que se fundaba en un poder inmenso, cual era el derecho de vida y muerte en el distrito. Este hombre, jóven aún, observaba un proceder tan noble, que Mad. Dey no había podido juzgarle todavía, por lo cual, despreciando el peligro que la ofrecía el luchar hábilmente con los normandos, empleó el genio inventivo y la astucia que la naturaleza ha concedido á las mujeres para oponer unas rivalidades á las otras; y así, ganando tiempo, confiaba en llegar sana y salva al fin de las revueltas, pues en aquella época los realistas del interior veían cada día que al siguiente terminaría la Revolución; convicción que perdió á muchos de ellos.

A pesar de estos obstáculos, la condesa mantuvo con bastante habilidad su independencia hasta el día en que, por una imprudencia inexplicable, determinó cerrar sus puertas. Inspiraba un interés tan profundo y verdadero, que las personas que fueron á su casa aquella tarde, experimentaron viva inquietud al saber que la condesa no podía recibirlas. Después, con aquella curiosidad franca, propia de las costumbres provincianas, se preguntaban acerca de la desgracia, el disgusto ó la enfermedad que debía afligir á Mad. Dey. A estas preguntas, una criada anciana, llamada Brígida, contestó que su ama estaba enferma, y que no quería ver á nadie, ni aun á las gentes de su casa. La existencia hasta cierto punto claustral que llevan los habitantes de una ciudad pequeña, crea en ellos un hábito de analizar y ex-

plicar los actos de los demás, tan invencible por naturaleza, que después de haberse conolido de Mad. Dey, sin saber si era dichosa ó desgraciada, cada cual se dedicó á investigar las causas de su repentino retraimiento.

—Si ella estuviera mala, dijo un curioso, habría enviado por el médico, y éste ha pasado todo el día en mi casa jugando al ajedrez. Me ha dicho, sonriendo, que por la presente no hay más que un enfermo, y ese es incurable.

La chanza era oportuna. Mujeres, hombres, viejos y jóvenes se aventuraron luego por el vasto campo de las conjeturas, creyendo cada cual entrever un secreto, el cual preocupaba todos los ánimos. Al día siguiente las sospechas adquirieron un carácter malicioso. Como la vida en un pueblo es igual de un día para otro, las mujeres supieron las

primeras que Brígida había hecho en el mercado más provisiones que de costumbre, de lo cual no cabía duda, pues se la vió muy de mañana en la plaza, y ¡cosa extraordinaria! había comprado la única liebre que había en ella. Todo el mundo sabía que á Mad. Dey no le gustaban las liebres, por lo que este animal vino á ser el punto de partida para un sin número de conjeturas. Los ancianos, al dar su acostumbrado paseo, observaron en casa de la condesa cierta actividad secreta, que se revelaba por las mismas precauciones con que los criados trataban de ocultarlas. El ayuda de cámara sacudía una alfombra en el jardín; el día antes nadie hubiera reparado en ello; pero en aquella ocasión, aquella alfombra venía á ser un argumento en apoyo de las fabulosas conjeturas que todo el mundo se forjaba. Cada cual hacía la suya. El

segundo día, al saberse que Mad. Dey decía que se hallaba indispuesta, las personas principales de Carentán se reunieron por la tarde en casa del hermano del corregidor, antiguo comerciante, hombre casado y probo, por todos estimado, y á quien la condesa guardaba muchas consideraciones. En aquella reunión, todos los pretendientes á la mano de la opulenta viuda idearon una fábula más ó menos verosímil que poder referir, creyendo cada cual que redundarían en provecho propio las secretas circunstancias que la obligaban á á comprometerse de aquel modo. El acusador público forjó todo un drama para pintar la llegada en medio de la noche, del hijo de madame Dey á su casa. El corregidor creía que un sacerdote injuramentado, llegado de la Vendée, la habría pedido asilo; pero la compra de la liebre en viernes le ponía en

grandes confusiones. El presidente del distrito tenía el firme convencimiento de que el refugiado era un jefe de chuanes ó vendeanos activamente perseguido. Otros querían que fuese un noble escapado de las prisiones de París, y, por último, todos suponían á la condesa culpable de uno de esos rasgos de generosidad calificados de crímenes por las leyes de entonces, y que podían conducirla al cadalso. El acusador público manifestó entonces en voz baja que era preciso guardar silencio, y ver de salvar á la desgraciada del abismo hácia el cual caminaba á grandes pasos.

—Si propaláis el suceso, añadió, me veré obligado á intervenir, haciendo indagaciones en su casa, y entonces... No terminó la frase; pero todos comprendieron lo que significaba esta reticencia.

Los amigos verdaderos de la condesa se

alarmaron de tal suerte, que á la mañana siguiente el procurador síndico de la común hizo que su mujer la escribiera una carta aconsej ndola que recibiera aquella tarde, como de costumbre. Más atrevido el antiguo comerciante, se presentó muy de mañana en casa de Mad. Dey, y, animado por el servicio que iba á prestarla, pidió que le condujeran   su presencia. Su admiración llegó al extremo al verla en el jardín ocupada en cortar las últimas flores del acirate, para adornar con ellas sus floreros.

—Sin duda tiene escondido aquí   su amante, pens  el anciano movido por un sentimiento de compasión hácia aquella mujer encantadora; viniendo   confirmar sus sospechas, la singular expresión del rostro de la condesa. Vivamente impresionado con este sacrificio, tan natural en las mujeres,

pero que siempre nos conmueve, porque á todos los hombres lisonjean los sacrificios que la mujer hace por uno, el comerciante enteró á la condesa de los rumores que circulaban por el pueblo, y del peligro que la amenazaba.—Porque, la dijo al concluir, si entre los funcionarios de Carentán hay alguno decidido á perdonar á usted un acto de heroísmo hecho en favor de un ministro del Señor, ninguno se condolerá de usted si llega á descubrir que usted se inmola á los intereses del corazón.

Al oír estas palabras, Mad. Dey miró al anciano con un ademán de extravío y apasionamiento que le hizo temblar, á él, viejo ya.

—Sígame usted, le dijo, tomándole de la mano para conducirle hasta su cuarto; y allí, después que ella se cercioró de que es-

taban solos, sacando del pecho una carta sucia y arrugada:—Lea usted, exclamó, haciendo un esfuerzo violento para pronunciar esta palabra; y se dejó caer en un sillón, cual si las fuerzas la abandonaran.

Mientras que el viejo comerciante buscaba sus gafas y las limpiaba, la condesa fijó en él la vista, y después de contemplarle con curiosidad, por la primera vez, con voz descompuesta:—Fío en vos, le dijo dulcemente.

—¿No he venido para ser cómplice de vuestro crimen? respondió aquel buen hombre con naturalidad.

Estas palabras la conmovieron, y, por primera vez desde que habitaba en aquel pueblo, su alma simpatizó con otra. El antiguo comerciante se explicó en seguida el abatimiento y la alegría de la condesa.

Su hijo, que había formado parte de la expedición de Granville, escribía á su madre desde su prisión, dándola una triste y dulce esperanza. No dudando de los medios con que contaba para evadirse, la fijaba tres días, durante los cuales se presentaría en su casa disfrazado. Aquella carta fatal contenía un conmovedor adiós, para el caso de no hallarse en Carentán al anochecer del tercer día, y rogaba á su madre que diera una suma considerable al emisario encargado de llevarla aquel aviso á través de innumerables peligros. El papel se agitaba en manos del anciano.

—Y he aquí el tercer día, exclamó madame Dey, levantándose con precipitación y dando paseos por el cuarto, después que hubo recobrado la carta.

—Ha cometido usted algunas impruden-

cias, respondió el comerciante. ¿A qué hacer provisiones?

—Puede llegar muerto de hambre, extenuado de fatiga... No terminó la frase.

—Confío en mi hermano, respondió el anciano; voy á interesarle en favor de usted.

El comerciante recobró en aquella ocasión el buen tacto que había usado en otro tiempo para sus negocios, y la dió consejos muy sabios y prudentes. Después que ambos convinieron en todo lo que debían decir y hacer, el anciano se dirigió, bajo pretextos muy hábilmente discurridos, á las principales casas de Carentán, y en ellas anunció que Mad. Dey, á quien acababa de ver, recibiría aquella misma tarde, á pesar de su indisposición. Contrarrestando hábilmente la perspicacia de los normandos en el interrogatorio á que le sometió cada familia sobre

la naturaleza del mal de la condesa, logró responder á casi todas las personas que se ocupaban de aquel misterioso asunto. Su primera visita fué admirable: en ella refirió, delante de una vieja gotosa, que Mad. Dey había creído morir de un ataque de gota; que el famoso Frouchin la había recomendado en otra ocasión, y en ataque semejante, que se pusiera al pecho la piel de una liebre degollada viva, y que permaneciera en la cama sin hacer el menor movimiento, y que la condesa, en peligro de muerte dos días antes, se encontraba, después de haber observado puntualmente la sabia prescripción de Frouchin, bastante restablecida para recibir á los que fueren á verla aquella tarde. Esta invención tuvo un éxito prodigioso; y el médico de Carentán, realista *in pectore*, aumentó el efecto por la importancia con que analizó el

específico. No obstante, las sospechas habían echado hondas raíces en el ánimo de los testarudos filósofos para que se disiparan por completo; así es que aquella tarde los que visitaban á Mad. Dey acudieron con presteza y muy temprano á su casa, unos para espiar en su semblante, otros por amistad, y los más atraídos por lo maravilloso de la curación. Se encontraron con la condesa sentada en el rincón que formaba la gran chimenea de su salón, casi tan modestamente alhajado como los demás de Carentán, pues para no herir la susceptibilidad de sus huéspedes, se había privado del lujo á que en otro tiempo estaba acostumbrada, y no había renovado nada de su casa. Ni aun el piso de la sala de recibo se había limpiado. Dejó sobre las paredes los antiguos y oscuros tapices; conservaba los muebles del país,

se alumbraba con velas de sebo y observaba las costumbres de la ciudad, identificándose con la vida provincial, sin retroceder ante las cosas más pequeñas y duraderas, ni ante las privaciones más desagradables. Pero como le constaba que sus tertulianos habían de perdonarla las fastuosidades que les reportaran bienestar, no omitía cosa alguna cuando se trataba de procurar á aquéllos goces personales; así es que les obsequiaba con excelentes comidas. Llegaba hasta fingir avaricia, para halagar á aquellos espíritus calculadores; y, después de haber tenido habilidad para obligarles á que la hicieran concesiones respecto al lujo, se sometía á ellas con agrado. Antes de las siete de la tarde, lo menos malo de la sociedad de Carentán se encontraba en su casa, describiendo un gran círculo delante de la chimenea. La dueña de

la casa, alentada en su desgracia por las miradas que le dirigía el viejo comerciante, se sometió con un valor heroico al minucioso interrogatorio y á los razonamientos frívolos y estúpidos de sus tertulianos. Pero cada vez que el aldabón golpeaba en la puerta ó sonaban pasos en la calle, tenía que ocultar sus emociones, dirigiendo preguntas de interés referentes á la riqueza del país. De este modo promovió brillantes discusiones sobre la calidad de las sidras, viéndose tan admirablemente secundada por su confidente, que la reunión se olvidó casi por completo de espiarla, encontrando naturalidad en su semblante y su serenidad imperturbable. El acusador público y uno de los jueces del Tribunal revolucionario estaban taciturnos, observando con atención los menores movimientos de la fisonomía de la condesa, aten-

tos á cuanto se oía en la casa, á pesar del bullicio, y con interrupciones repetidas la dirigían preguntas embarazosas, á las que la condesa contestaba, sin embargo, con una presencia de ánimo admirable. ¡Las madres tienen tanto valor! Tan pronto como madame Dey logró organizar las partidas, instaló á todos en las mesas de boston, de reversín ó de whist, quedándose á dar conversación á la gente joven con un estudio extremado, representando su papel cual una actriz consumada, hasta que consiguió que la pidieran un juego de lotería, que sólo ella, dijo, sabía dónde estaba, y desapareció.

—¡Yo me ahogo, pobre Brígida! exclamó enjugando las lágrimas que brotaban de sus ojos, en los que brillaba la fiebre, el dolor y la impaciencia.

—No viene, continuó, recorriendo con la

vista la habitación á donde había subido. Aquí respiro y vivo. Algunos momentos más, y estará aquí tal vez, ¡porque vive todavía, estoy segura! Mi corazón me lo dice. ¿No oyes nada, Brígida? ¡Oh! Daría el resto de mi vida por saber si está preso ó caminando por medio del campo! Quisiera no pensar.

Examinó de nuevo si todo estaba en orden en la habitación. En la chimenea había buen fuego; los postigos de la ventana estaban cerrados herméticamente; los muebles relucían de puro limpios; la manera de estar hecha la cama probaba que la condesa se había ocupado con Brígida hasta de los menores detalles, y sus esperanzas se revelaban en el esmero que parecía haberse usado en aquel cuarto, donde se respiraba la grata dulzura del amor, y sus más castas caricias en el perfume que exhalaban las flores. Sólo

una madre era capaz de haber previsto los deseos de un soldado y de prepararle satisfacciones tan completas. Una colección delicada de vinos escogidos, el calzado, la ropa blanca, en fin, todo cuanto podía ser necesario y agradable á un viajero cansado, estaba reunido para que nada le faltara, para que los goces de su casa le revelaran el amor de una madre.

—¡Brígida! dijo la condesa con voz anhelante, fijando su mirada delante de la mesa, como para dar realidad á sus deseos, como para dar fuerza á sus ilusiones.

—¡Ah, señora! vendrá. No está lejos. No dudo que viene, y que viene de camino, replicó Brígida. He puesto una llave en la Biblia, y la he tenido sobre mis dedos mientras que Cottin leía el Evangelio de San Juan... y, señora, la llave no ha girado.

—¿Estás bien segura? preguntó la condesa.

—¡Oh! señora, es cosa probada. Apostaría mi salvación á que viene todavía. Dios no puede engañarse.

—A pesar del peligro que aquí le aguarda, deseo verle.

—¡Pobre señorito Augusto! exclamó Brígida; sin duda irá á pie por esos caminos.

—¡Están dando las ocho en el reloj! gritó la condesa con terror.

Tuvo miedo de permanecer por más tiempo del debido en aquel cuarto donde ella se cercioraba de que su hijo vivía, viendo todo aquello que atestiguaba su existencia, y bajó al salón; pero antes de entrar en él, permaneció durante algunos instantes bajo el peristilo de la escalera, escuchando si se percibía algún ruido que despertara los silen-

ciosos ecos de la ciudad, y dirigió una sonrisa al marido de Brígida, que estaba de centinela, y cuyos ojos parecían hallarse entorpecidos á fuerza de prestar atención al murmullo de la plaza y de la noche. Aquella mujer veía á su hijo en todo y por todo. Entró en seguida, afectando un semblante algo placentero, y se puso á jugar á la lotería con las muchachas; pero de cuando en cuando se lamentaba de que sufría, hasta que fué á ocupar su sillón cerca de la chimenea.

Tal era la situación de las cosas y de los ánimos en casa de Mad. Dey, mientras que, por el camino de París á Cherbourg, un muchacho vestido con una *carmañola* oscura, traje de rigor en aquella época, se dirigía á Carentán. Al principio de las quintas, había poca ó ninguna disciplina; las exigencias del momento no permitían á la República equi-

par sobre la marcha á sus soldados, y no era extraño ver cubiertos los caminos de quintos que conservaban sus trajes de paisano. Estos muchachos llegaban antes que sus batallones al pueblo de alojamiento, ó quedaban rezagados, pues su marcha dependía del modo como ellos soportaban las fatigas de una jornada. El caminante de que se trata, llevaba bastante ventaja á la columna de quintos que se dirigían á Cherbourg, y á la que el corregidor de Carentán aguardaba de hora en hora, á fin de repartirles las boletas de alojamiento. Aquel joven caminaba con paso lento, pero firme todavía, y su modo de andar parecía indicar que hacía ya tiempo estaba familiarizado con las fatigas de la vida militar. Aunque la luna alumbraba las dehesas próximas á Carentán, había observado que algunas nubes gruesas y blancas,

amenazaban una nevada, y el temor de verse sorprendido por el temporal aceleraba sin duda su marcha, entonces más rápida de lo que le permitía su cansancio. Llevaba á su espalda un saco casi vacío, y en la mano una caña de boj cortada de los altos y anchos vallados que este arbusto forma alrededor de la mayor parte de las heredades de la baja Normandía. Aquel viajero solitario entró en Carentán, cuyas torres, caprichosamente bordadas por la luna, aparecieron á su vista momentos antes. Su paso despertaba los ecos de las calles silenciosas, en las que no encontró á nadie, teniendo que preguntar por la casa del corregidor á un tejedor que trabajaba todavía. Dicho magistrado vivía á corta distancia, por lo que el quinto llegó muy pronto á su puerta, y se sentó en un banco de piedra, aguardando la boleta de

alojamiento que había pedido. Pero llamado por aquel funcionario, compareció á su presencia, siendo objeto de un examen escrupuloso. El soldado era un muchacho de buen semblante, que hacía sospechar pertenecía á una familia distinguida. Su aspecto revelaba nobleza, y la inteligencia debida á una educación esmerada se descubría en su figura.

—¿Cómo te llamas? le preguntó el corredor, dirigiéndole una mirada llena de amabilidad.

—Julián Gussien, respondió el quinto.

—¿Y vienes?... dijo el magistrado dejando escapar una sonrisa de incredulidad.

—De París.

—Tus camaradas deben estar lejos, replicó el normando con un tono burlón.

—Traigo tres leguas de ventaja sobre el batallón.

—Sin duda algún móvil te trae á Carentán; ¿cuál es, ciudadano quinto? dijo el corregidor con amable semblante. Está bien, añadió imponiendo silencio con la mano al muchacho que se disponía á hablar; sabemos dónde te hemos de enviar. Toma, añadió dándole su boleta de alojamiento: ¡anda, *ciudadano Gussien!*

Un tinte de ironía se marcó en el acento con que el magistrado pronunció estas dos últimas palabras, extendiendo una boleta en la que estaba escrita la casa de Mad. Dey. El muchacho leyó la dirección con señales de curiosidad.

—¡Él sabe bien que no hay mucho que andar, y tan pronto como salga, habrá atravesado la plaza! dijo el corregidor hablando consigo mismo, mientras el muchacho salía.

—¡Es atrevido! ¡Que Dios le gué! Ha res-

pondido á todo. Sí, pero si otro que no fuera yo, le hubiera pedido sus papeles para examinarlos, estaba perdido.

En aquel momento, los relojes de Carentán habían dado las nueve y media; se encendían los faroles en la antesala de madame Dey; los criados ayudaban á sus amas y á sus amos á ponerse sus capotillas, sus hopalandas y sus manteletas; los jugadores habían saldado sus cuentas é iban á retirarse todos juntos, según es costumbre en todas las poblaciones pequeñas.

—Parece que el acusador público se ha quedado, dijo una dama reparando que faltaba este importante personaje, cuando los unos se separaban de los otros en la plaza para tomar sus respectivos caminos, después de haber agotado todas las fórmulas de despedida.

En efecto, aquel terrible magistrado esta-

ba sólo con la condesa, que esperaba temblando á que tuviera á bien marcharse.

—Ciudadana, dijo por fin, después de un prolongado silencio, que tenía algo de terrible; yo estoy aquí para hacer observar las leyes de la República.

Madame Dey se estremeció.

—¿No tienes nada que revelarme? preguntó él.

—Nada, le respondió ella con asombro.

—¡Ah! señora, exclamó el acusador sentándose á su lado y cambiando de tono; en este momento, por no pronunciar una palabra, usted ó yo podemos llevar nuestra cabeza al cadalso. Tengo bien estudiado vuestro carácter, vuestra alma, vuestras maneras, para participar del error que ha hecho usted aceptar esta tarde á sus tertulianos. Usted espera á su hijo, no puedo dudarle.

La condesa dejó escapar una negativa; pero su rostro había palidecido, sus facciones estaban contraídas, por la fuerza de la necesidad en que se encontraba de aparentar una fingida entereza, y ninguno de sus movimientos se escapaba á la mirada implacable del acusador público.

—¡Y bien! recíbale usted, dijo el magistrado revolucionario; pero que no esté después de las siete de la mañana bajo el mismo techo que usted. Mañana á primera hora, provisto de una denuncia que me haré confeccionar, vendré á esta casa...

Ella le miró con un aire tan estúpido, que hubiera inspirado compasión á un tigre.

—Yo demostraré, continuó con voz dulce, la falsedad de la denuncia por minuciosas pesquisas, y usted quedará, por efecto de mis informes, al abrigo de ulteriores sospe-

chas. Hablaré de los sentimientos patrióticos que adornan á usted, de su civismo, y estaremos salvados.

Madame Dey, temiendo una asechanza, permanecía inmóvil; pero tenía el rostro encendido y la lengua helada. Un aldabonazo resonó en la casa.

—¡Ah! gritó aquella madre aterrada, cayendo de rodillas: ¡sálvele usted, sálvele usted!

—Sí, ¡salvémosle! respondió el acusador público dirigiéndole una mirada apasionada; debemos sacrificar la vida.

—¡Estoy perdida! gritaba ella, en tanto que el acusador público la alzaba del suelo cortésmente.

—¡Eh! señora, la respondió en un arranque oratorio, no quiero merecer á usted por nada... sino por usted misma.

—Señora, le he visto... gritó Brígida que creía que su ama estaba sola.

En presencia del acusador público, la antigua criada, cuyo rostro estaba encendido y gozoso, se quedó inmóvil y amarilla.

—¿Qué es eso, Brígida? preguntó el magistrado con amable semblante, que revelaba conocer el suceso.

—Un quinto que el corregidor nos envía de alojado, respondió la criada enseñando la boleta.

—Es verdad, dijo el acusador después que leyó el papel. ¡Esta noche llega un batallón! Y se marchó.

La condesa tenía verdadera necesidad en aquellos momentos de creer en la sinceridad de su antiguo procurador para no experimentar la más pequeña duda. Subió rápidamente la escalera, pudiendo apenas soste-

nerse; abrió la puerta de su cuarto, miró á su hijo, y se precipitó en sus brazos desfallecida:

—¡Oh, hijo mío, hijo mío! gritaba sollozando y cubriéndole de besos impresos con una especie de frenesí.

— Señora, dijo el desconocido.

—¡Ah!... ¡No es él! gritó la condesa retrocediendo espantada, y quedó inmóvil delante del quinto, contemplándole con mirada esquiva.

—¡Oh santo Dios, qué parecido! dijo Brígida.

Hubo algunos momentos de silencio. El extranjero se sintió estremecer al contemplar el semblante de Mad. Dey.

—¡Ah! caballero, dijo ella apoyándose en el marido de Brígida, y experimentando en aquellos momentos y en toda su extensión una pena cuyo primer golpe debió matarla;

caballero, yo no podría sufrir la presencia de usted por más tiempo; confórmese usted con que mis criados me reemplacen y le atiendan.

Mad. Dey bajó á su cuarto, ayudada por Brígida y su antiguo servidor.

—¡Cómo, señora! exclamó aquella antigua criada colocando á su ama en un asiento: ¿ese hombre va á acostarse en la cama del señorito Augusto, á ponerse las zapatillas del señorito Augusto, á comer el pastel que yo he hecho para el señorito Augusto? Cuando merecía que me guillotinaran, yo...

—¡Brígida! dijo Mad. Dey.

Brígida no replicó.

—¡Cállate, bestial! le dijo su marido en voz baja: ¿quieres matar á la señora?

En aquel momento, se sintió el ruido que el quinto hacía al sentarse á la mesa.

—Yo no me quedo aquí, dijo Mad. Dey; me iré á la estufa, desde donde percibiré mejor cuanto acontezca fuera de casa durante la noche.

Aquella mujer luchaba todavía con el temor de haber perdido á su hijo y la esperanza de verle aparecer. La noche estuvo en vuelta en un silencio horrible. Hubo para la condesa un momento espantoso, cuando el batallón de quintos entró en el pueblo, y cada cual se dirigió á su alojamiento. Esto despertaba en ella esperanzas engañosas á cada paso, á cada ruido; después la naturaleza recobró una calma espantosa. Al amanecer tuvo la condesa necesidad de entrar en la cama. Brígida, que observaba todos los movimientos de su ama, viendo que ésta no salía, entró en su cuarto y vió que la condesa estaba muerta.

—Quizá haya sentido al quinto, que acaba de vestirse, pasear por el cuarto del señorito Augusto cantando su endiablada *Marsellesa*, como si estuviera en una cuadra, y esto la habrá matado.

La muerte de la condesa fué ocasionada por un sentimiento más grave, y quizá por alguna visión terrible. A la misma hora en que Mad. Dey fallecía en Carentán, su hijo era pasado por las armas en el Morbihán. Podemos agregar este trágico suceso á todas las simpatías que desconocen las leyes del espacio; documentos reunidos con ilustrada curiosidad por algunos hombres asiduos, y que servirán algún día para sentar las bases de una ciencia nueva; á la que le ha faltado hasta el día un hombre de genio.

Paris, Febrero, 1831.



Dos Jueves Santos.

I



HABÍA mesa de petitorio en San Ginés.

.....

La condesa dió dos golpecitos con sus diminutas manos en la bandeja de plata que tenía delante, y Fernando, que entraba con su madre en el templo á rezar la estación, volvió la cara hácia donde sonaba el ruido.

—Ahí está nuestra vecina, dijo.

Y como si temiera que su respetable madre no le hubiera oído, repitió:

—Ahí está nuestra vecina la condesa, mamá. ¿Quiere usted que le deje cinco duros en la bandeja?

La señora de Villa Rosa no contestó. Siguió andando en dirección al altar mayor, saltando hábilmente por entre los grupos de mujeres arrodilladas. Fernando tenía mucho respeto á su madre, y no quiso insistir. Siguió con ella iglesia adentro ..; pero en aquel instante mismo, la condesa volvió á dar dos golpes con sus diminutas manos en la bandeja; y, ó fuera que á Fernando le diera vergüenza haber pasado de largo, fuera que tuviera sus pretensiones al enojo de la encantadora pedigüeña, ello es que se le figuró que estos dos segundos golpes fueron más fuertes que los primeros.

Los nervios son tan imperiosos en sus exigencias, que no es de extrañar que Fer-

nando se detuviera y volviese á mirar hácia la mesa de petitorio.

Su madre no podía notar esto. Se había arrodillado y rezaba.

Fernando volvió pasos atrás, se dirigió resueltamente á la mesa y arrojó sobre la bandeja una moneda de cinco duros, que cayó con estrépito entre tantas otras. ¡Pobre muchacho! Para hacer esta limosna se puso tan colorado, que la condesa se hubiera echado á reír, á no estar en aquel momento más colorada todavía que su vecino.

En el estado de confusión en que Fernando estaba, no pudo notar que había otra señora con la condesa.

Esta otra señora le dijo:

—Muchas gracias, pollo, muchísimas gracias. No esperábamos menos de un Villa Rosa.

Fernando fué á contestar, sabe Dios qué, alguna tontería, porque no estaba para floreos entonces. La señora le sacó del aprieto con una nueva pregunta.

—¿Cómo está su madre de usted?

—Está bien, gracias, respondió Fernando... Y al mismo tiempo señaló hacia donde su madre se hallaba.

La condesa no levantaba los ojos de la bandeja de plata donde acababa de arrojar Fernando su flamante moneda.

—Es de ley, no temas, le dijo la señora comunicativa.

Y dirigiéndose á Fernando:

—¿Verdad, pollito, que la moneda es buena? le dijo.

Fernando sonrió por única respuesta. La condesa sonrió también, y levantó la cabeza, y miró á Fernando...

A pesar de que nunca es prudente asegurar la edad que puede tener una mujer, yo creo ser equitativo diciendo que la condesa no llegaba á los veinticinco años.

Era rubia, como lo son ya todas las madrileñas. La condesa lo había sido siempre. Había en su fisonomía una dulzura de las que llamaba mi buen amigo Florentino Sanz, *rafaelinas*.

Cuando sus ojos se fijaron en Fernando, sintió éste que se le agolpaba de nuevo la sangre al rostro; y para que no se le tache de corto de genio, declararé que acababa de cumplir veinticuatro años. Su madre, la señora de Villa Rosa, viuda de un mejicano millonario, no había permitido nunca á Fernando que se separase de ella. Un día que el muchacho le pidió permiso para ingresar en el *Velox Club*, la madre tuvo un ataque ner-

vioso que puso en peligro su vida. La condesa habitaba el cuarto principal de la casa en que vivía la señora de Villa-Rosa y su hijo. Esta casa era propiedad de la viuda de Villa Rosa, que ocupaba el principal de al lado, y Fernando ¡oh prosa de la vida! había bajado durante seis meses todos los días primeros á cobrar el alquiler del cuarto, importando cien duros, mas cuarenta reales por la luz de la escalera. Como la casualidad es caprichosa, siempre que Fernando bajó á presentar el recibo firmado por su madre, tuvo la desgracia de ser recibido por la condesa, lo cual le produjo insomnios, dolores de estómago y aborrecimiento del álgebra de Cirodde y de la geometría analítica de Lefebourg de Courcy, libros de texto que debía estudiar para ser ingeniero. La viuda de Villa Rosa había pensado varias veces en echar de la casa á

la condesa su vecina, bajo el frívolo pretexto de que tenía un perro *lupetto* que ladraba de noche, y un piano que sonaba todo el día y unas ventanas al patio que caían frente á las del cuarto de Fernando, y qué sé yo cuántas inconveniencias por el estilo. Además, el cuarto de la condesa rentaba poco, y pudiera ser que otro inquilino pagara más; por otra parte, la condesa, según malas lenguas, había venido á menos y un inquilino que viene á menos...

Para todas estas razones tenía otras tantas Fernando, con las que quería probar á su madre no había mejor vecina en la casa.— Es una viudita (decía Fernando), que no recibe gentes en su casa. Su conducta es ejemplar, y nadie murmura de ella. Vive sola con sus criados. Se pasa las horas muertas tocando *pianíssimo* música de Haydn ó *zortzi-*

cos provincianos, á que parece muy aficionada. Posible es que el conde su difunto no le haya dejado gran fortuna, pero mientras pague puntual...

Y así estaban las cosas cuando llegó el Viernes Santo, y sucedió lo que al principio hemos referido. La condesa y Fernando se saludaron en cuanto ella levantó la cabeza. La señora de Montes, que así se llamaba la que acompañaba á la condesa, había logrado, por fin, que los dos vecinos se hablaran.

—¿Cómo está usted, vecina? dijo Fernando, dando la mano á la condesita.

—¿Y usted? contestó ésta alargando su mano de niña...

Y en aquel momento llegó á la mesa un caballero alto, fornido, vestido de negro, con grandes cuellos derechos, patillas negras, cejas pobladísimas, cabellera espesa y emba-

durnada de pomada que trascendía, é interrumpiendo la conversación, dejó caer una onza en la bandeja y se retiró, no sin mirar antes fijamente á la condesa, y turbando el silencio del templo con el ruido de sus tacones.

La condesita no pudo ser indiferente á la presencia momentánea de aquel extraño personaje. Le siguió con la mirada. Fernando hizo lo mismo. La señora de Montes, dijo:

—¡Siempre el mismo!

—¿Quién es? preguntó la condesa.

—Es un señor Zalzeta, dijo Fernando; americano inmensamente rico, que se pasa la vida arrojando dinero sobre piedra.

—¿Y por qué sobre piedra? preguntó la de Montes inocentemente.

—Porque suene.

La condesa seguía mirando al americano

estrepitoso, que se había parado en medio de la iglesia y miraba desde lejos á la mesa de petitorio, acariciándose con petulancia sus hermosas patillas negras. Fernando miraba á la condesa con extrañeza. La señora de Montes, como si no hiciera alto en aquella escena muda, comenzó á dar golpecitos con la mano en la bandeja de plata, excitando la caridad de los católicos. A todo esto, la señora de Villa Rosa había concluído de rezar, se había levantado; y echando de ver que su hijo no estaba detrás de ella como suponía, le buscó con la vista y le vió de pie delante de la mesa adonde estaba sentada su vecina. En la imposibilidad de llamarle en voz alta, tuvo intenciones de ir á buscarle; pero esto le pareció escandaloso. Entónces miró á su alrededor, como si buscara una persona conocida. Se detuvieron sus miradas en el ca-

ballero americano que estaba mirando aún á la condesa, y acercándose á él, le dijo algunas palabras en voz baja.

El desconocido volvió á acercarse á la mesa de petitorio. La condesa bajó los ojos. La señora de Montes se hizo la distraída. El americano tocó suavemente en el hombro á Fernando, que estaba abstraído en la contemplación de la condesita, y le dijo en voz alta, que turbó el silencio del templo é hizo volver la cara á cuantas personas había cerca de aquel sitio:

—Mocito, su mamá le llama.

Fernando se volvió colérico, avergonzado al oirse tratar como un niño por una persona para él desconocida, y á quien, sin saber por qué, había tomado ya aversión decidida. Quiso contestar algo, pero vió á diez pasos la respetable figura de su madre que le hizo

una seña imperativa para que volviera á su lado. Venció el respeto á la cólera. El pollo saludó lleno de confusión á la condesa y á su amiga, y fué á reunirse con la viuda de Villa Rosa.

¡El americano se quedó parado junto á la mesa!

Esto sucedía el día de Jueves Santo del año pasado.

II

Será preciso que el lector sepa hasta dónde llegó el furor de la madre y las cosas que dijo. Seguro estoy de que el lector ha adivinado el sermón de Viernes Santo que la viuda de Villa Rosa predicó á su hijo único.

Pasaron quince días, durante los cuales la

condesa no se asomó, como tenía por costumbre, á las ventanas fronterizas de las del malogrado ingeniero. El álgebra de Cirodde estaba llena de polvo. La geometría analítica era presa de profundo letargo. En el reloj de las estaciones acababa de sonar Abril. A los veinticuatro años, en Abril, con una vecina ideal y una imaginación mejicana, ¿cómo es posible que el hijo de una viuda millonaria pueda dormir sosegadamente? Fernando no durmió en aquellos quince días; cuando llegó el de cobrar la renta de la casa, le dijo á su madre:

—¿Quiere usted que pase á presentar el recibo á la condesa?

—No, respondió la opulenta mejicana con acento de ira. Este mes se ha encargado del cobro de mis rentas todas, el señor de Zal-zeta.

Fernando se puso muy pálido, y se retiró á su cuarto. El señor de Zalzeta, aquel á quien hemos visto arrojar una onza sobre la mesa de petitorio, era amigo antiguo de los Villa Rosa. ¿Por qué se convertía ahora en administrador de la viuda? Si hubiera sido un amigo íntimo á quien Fernando hubiera visto con frecuencia en la casa, el cargo de administrador en dicho caballero no le hubiera sorprendido. ¡Pero esta novedad era tan sorprendente!

Inquieto, desasosegado, calenturiento, Fernando se acostó y se arrebujó entre las sábanas renegando del dinero y de quien lo inventó, que debió de ser algún pobre sin duda ninguna. La oposición de la viuda de Villa Rosa al enlace de su hijo con la vecina no reconocía otra causa que la diferencia de fortuna. La viuda era condesa de Arezzo;

pero todo el mundo sabía que este título se lo dió el Papa á su difunto esposo, en cambio de una suscripción verificada en España para las necesidades de la Santa Sede. Antes de ser conde, el difunto no tenía más renta que su sueldo en el Consejo de Estado...

Si Fernando, en lugar de desesperarse entre sábanas, hubiera aplicado el oído á la pared que separaba su cuarto del de la vecina, habría oído el siguiente diálogo, entre la condesita y su íntima amiga la de Montes, que acababan de llegar de la ópera.

—¿De quién será esta carta?

—No conozco la letra.

—Ni yo; pero puesto que es para ti, ábrela, y leyéndola saldrás de la duda.

Momentos de silencio.

—Es un anónimo.

—Rómpelo. Será una serie de insultos como se suelen escribir en estos casos.

—¡Oh, no! Es una declaración de amor.

—*Vraiment?*

—Oye.

Y la condesita leyó lo que sigue:

«La persona que arrojó una moneda de oro sobre la bandeja de la mesa de petitorio en San Ginés, hace ocho días, no se atreverá nunca á ser indiscreta diciendo á usted galanteos que usted no suele admitir, según pública voz. Pero en cambio, tendrá el valor de decir á usted por escrito lo que de palabra parecería más bien un asunto comercial que un diálogo amoroso. Dicha persona tiene una renta que la opinión pública llama *colosal*, y ha dado en la manía de que usted disfrute la mitad de esa renta. ¿Ha de ser á usted difícil contestar á esta carta anónima

con otra? La persona escondida cree que no, porque está seguro de que el día de Viernes Santo mereció que usted se fijara en ella.»

—¿Y bien? preguntó la condesita.

—Que no entiendo una palabra. Mejor dicho, que no sé quién te escribe.

—No es fácil. Fueron dos las personas que me dejaron monedas de oro en la bandeja.

—De donde resulta que no puedes saber quién te quiere hacer rica.

—Ni lo quiera Dios.

—¿Por qué?

—Porque nunca he deseado serlo.

—Yo nunca he comprendido á los pobres.

—Cada cual tiene sus manías.

—¡Es claro! ¿Qué resuelves sobre esa carta?

—Romperla.

—Yo no la rompería. Adivinaría quién me la había escrito.

—Y una vez adivinado...

—Contestaría.

—Pero eso es muy fuerte.

—¡Psch!

Después de unos momentos de pausa, la de Montes se despidió de la condesa, y ésta se puso á escribir, llenando de *pattes de mouche* una diminuta esquela timbrada con una corona condal sobre una M.

III

—¿Creéis que Fernando dormía? Creéis con lo imposible.

Por la mañana entró un criado con un paquete de cartas y tarjetas.

Aquel día cumplía Fernando veinticinco años. Sus amigos le felicitaban. Veinte ó treinta tarjetas encerradas en otros tantos sobres, le vinieron á probar que á lo menos una vez al año tenemos la satisfacción de que veinte ó treinta personas se acuerden de nosotros para celebrar que envejecemos. Fernando leyó todas las tarjetas con impaciencia grande.—¡Qué descortesía! murmuró. Efectivamente, la descortesía de la condesa era evidente. Fernando le envió su tarjeta el día de Santa Margarita. Ella no había leído en *La Correspondencia* el santo del día.

Iba á leer las cartas, cuando entró en el cuarto su madre. Venía á darle los días. Traía en un estuche de terciopelo azul una preciosa botonadura de brillantes. Era su regalo. Fernando abrazó á su madre dándole las gracias, y al mismo tiempo pensó que de

aquellos brillantes se podían hacer unos pendientes lindísimos...

Detrás de la viuda de Villa Rosa estaban Zalzeta y otro caballero.

—Hijo mío, dijo la viuda. Es preciso que se cumpla la voluntad de tu padre. Debo hacerle entrega de tu patrimonio el mismo día en que cumples veinticinco años, antes de las doce de la mañana. El señor de Zalzeta es uno de los albaceas, y este caballero que es el notario que él me ha recomendado, te pondrán ahora mismo en posesión de tu fortuna.

Tal vez en otra ocasión, Fernando se hubiera alegrado en el alma de verse convertido en millonario. Pero ahora, ahora no podía comprender el valor del dinero. Acababa de abrir una de las cartas que tenía sobre la mesa, y había visto que estaba timbrada con

una M, colocada debajo de una corona con-
dal. Le dió un vuelco el corazón. Recibir la
primera carta de una mujer á quien se ama
es caso tan grave, que entre leer el acta que
el notario traía extendida, ó la carta de la
condesita, optó por lo segundo.

—Está bien, balbuceó... yo agradezco...
yo... siéntese usted... voy al momento...

El notario se sentó. Fernando comenzó á
leer la carta. El no le había escrito á la con-
desa. Sin embargo, ella le escribía á él. Mien-
tras el notario limpiaba una pluma, y Fer-
nando leía con avidez aquellos encantadores
garrapatos, la señora de Villa Rosa y Zalze-
ta cambiaron estas palabras en voz baja:

—¿Ha estado usted ahí al lado?

—Sí, señora.

—¿Ha cobrado usted?

—Sí, señora.

—¿Qué ha dicho la condesa?

—No la he visto.

—¿Cómo?

—No me ha recibido. Un criado salió con el importe del alquiler... es un desaire que no le perdonaré nunca á la viudita. Yo no pude esperar que no me recibiera...

—¿Por qué?

—Porque yo le había escrito una carta anónima que no podía dudar de que era mía. Verdad es que el criado que me ha dado el dinero, me ha dado también una carta.

—¡Ah!

—Una carta que dice: *Renuncie usted á su renta, y nos entenderemos.*

—¡Cosa más rara!

—¡Figúrese usted! ¡Renunciar yo á mi renta para que atienda ella mis pretensiones á su mano! Esto es demasiado novelesco.

En esto estaban Zalzeta y su amiga, cuando observaron que Fernando y el notario hablaban de algo interesante.

Los ojos de Fernando brillaban como ascuas. ¡Había leído la carta de la condesita!

La carta decía: «Renuncie usted á su renta, y nos entenderemos.»

Era, pues, completamente igual á la que había recibido Zalzeta. La condesa, en la duda de quién pudiera ser su pretendiente, había escrito dos cartas iguales.

Fernando le había dicho al notario:

—Sírvasse extender un documento por el cual cedo mi patrimonio á todos los Hospitales de España.

Estas palabras produjeron una discusión acalorada. La señora de Villa Rosa se opuso al acto de generoso desprendimiento, y preguntó las razones que lo motivaban. Fernan-

do no dió razón ninguna. Zalzeta quiso intervenir; Fernando le dijo cortésmente que no se mezclara en asuntos ajenos. Estaban sonando las doce cuando Fernando firmó la donación. Desde aquel momento, el hijo de los Villa Rosa, célebres en Méjico por sus riquezas, quedaba reducido á la condición de un hombre que no tiene sobre qué caerse muerto.

IV

La renuncia hecha por Fernando de su patrimonio hizo tanto ruido en Madrid, que durante un mes no se habló de otra cosa.

Se anunció un gran baile en casa de la duquesa de ****

Comenzaba el verano. La señora de Villa Rosa no estaba en Madrid.

Los disgustos que entre ella y su hijo hubo durante los dos primeros meses después de la donación hecha por Fernando á los hospitales, dieron por resultado una separación que debía ser muy larga, á juzgar por el enojo de la viuda. Su hijo era un loco, según decía, un manirroto, un desdichado. Le abandonó á su suerte, y volvió al suelo patrio.

Zalzeta seguía haciendo el amor á la condesita, á pesar de sus desdenes y de haber comprendido que Fernando le había dado una lección renunciando á su fortuna. ¡Pobre Fernando! Estaba en plena posesión del corazón de la condesita hacía mucho tiempo; pero ¿cómo la llamaría su esposa? ¡Estaba tan pobre! Por su parte la condesita no pa-

recía muy dispuesta á ser su mujer. Dos ó tres veces le había indicado Fernando lo feliz que sería llamándola suya. La condesa parecía no dar importancia á estas palabras. Las visitas de Fernando á casa de la condesa eran tan frecuentes, que las gentes comenzaban á murmurar de esta intimidad. Hasta la íntima amiga de la condesa, la señora de Montes, había murmurado de ella, y no frecuentaba la casa. Fernando estaba tan macilento, tan pálido, tan descompuesto, que parecía ser presa de alguna de esas enfermedades crónicas que no impiden salir á la calle, pero que anuncian una próxima catástrofe. Se había alejado por completo del círculo de sus amigos, vivía modestamente en un cuarto cuarto de la calle de Jardines, donde pasaba las noches en claro pensando que los enfermos de todos los hospitales de España

debieran estar muy bien asistidos... ¿Le pesaba lo que había hecho? Esto era lo que nadie podía saber. ¿Quién pudiera averiguar lo que sucedía en el interior de la casa de la condesa en aquellas largas horas que pasaba Fernando allí? Los vecinos solían oír el piano con frecuencia; pero las melodías eran lentas, monótonas, como arrancadas á las teclas por una mano perezosa. Dijérase que Fernando y la condesa estudiaban el solfeo.

Zalzeta seguía siendo el administrador de la viuda de Villa Rosa. Nunca logró ser recibido cuando fué á cobrar los alquileres. A principios de Abril de este año, el americano se presentó como de costumbre, con su recibo, y su asombro no reconoció límites cuando el criado le dijo que esperase, que la señora iba á salir al momento. En efecto, la

condesa se presentó en el salón, y saludó fríamente á Zalzeta.

—Caballero, le dijo, puede usted anunciar á la dueña de la casa que desde principios del mes que viene, tiene el cuarto á su disposición.

—¿Se marcha usted? preguntó Zalzeta.

—Sí, salgo para el extranjero después de la Semana Santa.

Zalzeta intentó decir algunas galanterías. La condesa le cortó la palabra. Fernando se asomó por detrás de un *portier*, y le dijo:

—¡Hola, señor de Zalzeta! celebro ver á usted. ¿Sigue usted tan rico?

Esta pregunta era un insulto para un hombre que, como Zalzeta, amaba su riqueza ante todo. No contestó. Fernando siguió preguntando:

—¿Estuvo usted anoche en la Zarzuela?

—Sí, allí estuve...

Y Zalzeta buscaba con la vista su sombrero.

—¿Qué le pareció á usted la obra nueva?

—Muy linda; se aplaudió en extremo, y no se sabe de quién es la música.

—Es mía, dijo la condesa.

Zalzeta se echó á reir.

—No comprendo esa risa, dijo la condesa. Puede usted escribir á la señora de Villa Rosa que durante un año, su hijo se ha ocupado en escribir una zarzuela en tres actos, que yo he compuesto y él ha firmado, y que con sus productos nos casamos dentro de quince días. Dígale usted también que no se necesita ser heredero de un millonario, para vivir cómodamente, cuando una se contenta con lo necesario. Dentro de poco saldremos para Italia, donde tengo unas tierras

que pensamos vender para vivir, hasta que Fernando dé al teatro su segunda *partitura*. Usted que vive en el gran mundo, señor de Zalzeta, puede contar á los que hasta ayer fueron nuestros amigos, que también entre nosotros se cumple el proverbio del pan y la cebolla. Adiós.

Zalzeta salió.

Poco después era pública la boda de los dos vecinos.

Los enfermos de los hospitales de España están mejor asistidos, y Fernando es músico cuando menos se lo figuraba, habiendo sido tan feliz con la inmensa fortuna de su padre como con la mano de la condesita y los aplausos del público inteligente.

Las personas que entraron esta mañana á rezar la estación en San ***, observaron á una preciosa joven que daba dos golpecitos

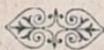
de cuando en cuando sobre la bandeja de plata que había en la mesa de petitorio. Cada vez que daba estos dos golpecitos, se volvía á mirar á un caballero, que, de pie junto á ella, parecía un centinela de vista. Era Fernando, que quiso que la condesa volviera á pedir este año, para recordar las escenas del año pasado.

—¿Has estado allá? le preguntó su mujer.

—Sí. Vengo del telégrafo de poner el despacho á mamá anunciándole la boda, y pidiéndole nuestro regalo.

En aquel momento entró en la iglesia Zalzeta, que no ha cesado en sus pretensiones, y arrojó cuatro onzas en la bandeja.

La condesa ni levantó la vista siquiera.





Madrid 12 de Diciembre de 1872.



NO hace muchos que de *** y yo fuimos al cementerio general á cumplir un triste deber, tributando la última prueba de cariño á un amigo que había dejado este mundo.

Verificada la triste ceremonia del enterramiento, nos marchábamos ya, siguiendo á la numerosa comitiva que había llevado el cadáver, y que, como de costumbre, volvía á Madrid por diferentes lados.

Antes de entrar en el coche que nos ha-

bía conducido al cementerio, nos detuvo en éste la curiosidad que nos produjo un grupo de gente que alrededor de una caja mortuoria se había colocado.

Al revés de lo que suele suceder en tales casos, en el corro formado por la reunión de veinte ó treinta personas, no reinaba ese silencio imponente que produce siempre la presencia de la muerte.

Los concurrentes á la fúnebre operación lloraban todos.

Los sepultureros habían abierto una ancha fosa, y se disponían á arrojar en ella el cadáver de un hombre *del pueblo*, si hay que juzgar de la posición por las gentes que le acompañan á la última morada. Los circunstantes vestían todos de chaqueta.

¡Todos lloraban! No es esto muy frecuente en los cementerios, adonde la costumbre

suele llevar, por regla general, á todos los amigos y conocidos del que vuelve á la tierra; pero que sin embargo, y por silenciosos y graves que le miren, no suelen afectarse hasta el punto de prorrumpir en llanto.

Al principio creímos que aquellas veinte ó treinta personas habían estado ligadas al que murió, por estrechos lazos de parentesco; pero pronto lo excesivo del número nos hizo ver lo inverosímil de la suposición, y la curiosidad nos hizo preguntar á uno de ellos.

—¿Quién era el muerto?

Y el hombre á quien nos dirigimos no nos dió por respuesta ningún nombre, ningún apellido; no nos dijo: *era nuestro hijo, ni era nuestro padre, ni era nuestro hermano*. Nos dijo algo más breve, más compendioso, más significativo. Nos respondió sin dejar de sollozar:

—El maestro.

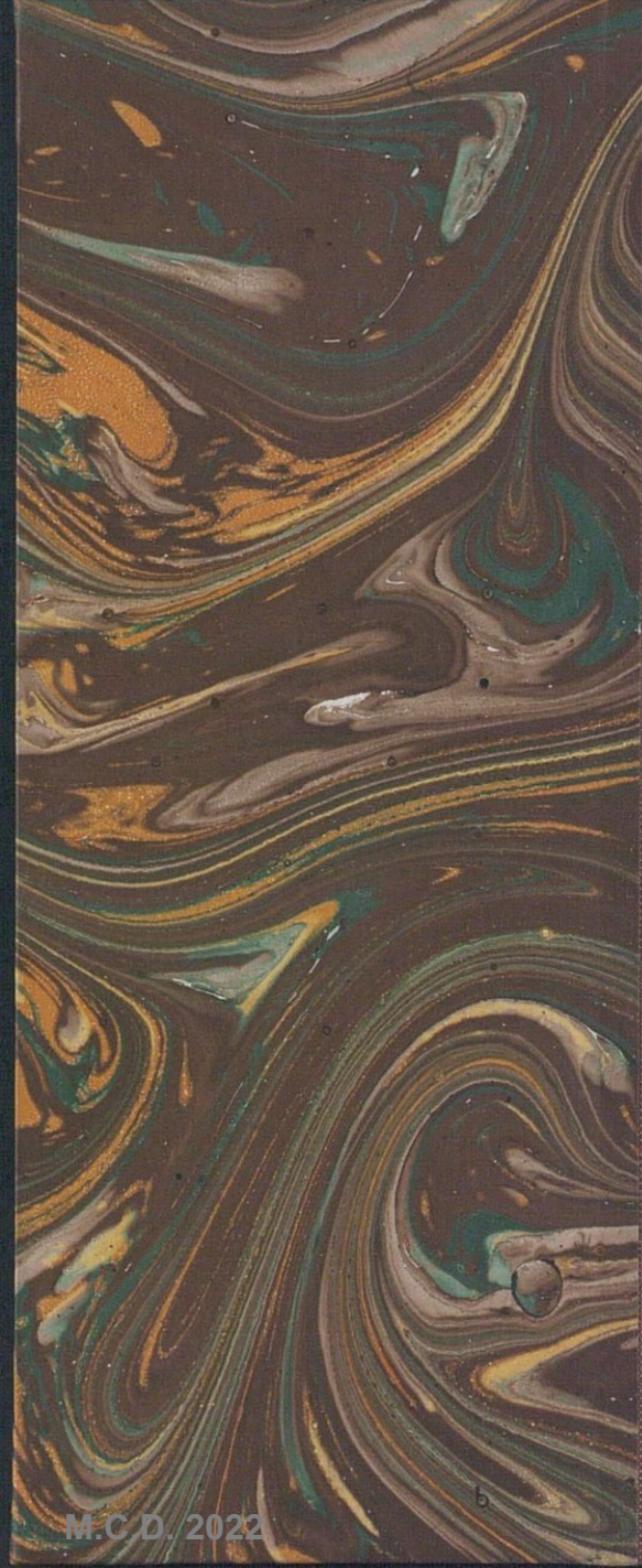
¡El maestro! Aquellos hombres era artesanos dependientes de aquel *maestro*, como llaman ellos al que les da trabajo cotidiano. Y aquellos hombres, más francos y más sinceros y más sensibles á la pérdida del protector y del amigo, que la generalidad de los amigos que van al cementerio á acompañar el cadáver del amigo perdido, sollozaban con amarga pena, declarando en aquel llanto cuán ligados estaban con el finado, y con cuánto dolor, hijo verdadero del corazón, sentían la muerte del que para ellos debía ser un segundo padre.

Consoladora nos pareció esta escena para nuestras costumbres; porque aquí donde desde algún tiempo á esta parte hay tal empeño de indisponer al trabajo con el capital, y en hacer al obrero enemigo del amo, este ca-

riño de familia que vimos en aquellos artesanos no constituye excepción, es más verdad de lo que creen los agitadores de las masas obreras (que por cierto no suelen ser españoles); y aquel tiernísimo cuadro que la casualidad nos hizo observar, nos dió derecho á suponer que sólo un exceso de tolerancia en las leyes puede hacer progresivas las ideas de disolución con que se nos amenaza diariamente.



M.C.D. 2022



M.C.D. 2022